

Cicatrices



Ofelia Palacio Flórez

Cicatrices

Ofelia Palacio Flórez

ofeliapalacio@gmail.com

Edición

Luis Fernando Acevedo Ruiz

Cubierta

Oasis (acuarela)

Elsy Rocío Acevedo R.

Medellín, Colombia

2020



Prólogo

*Una familia es un refugio contra todas
las miserias e iniquidades del mundo.*

Dietric Bonnhoffer

Nos encontramos ante una historia como extractada de un relato medieval, en donde la realidad, plasmada al mejor estilo palimpsestual, narra acontecimientos cercanos, pero que a la vez trascienden las fronteras, hasta llegar a un pintoresco, bucólico y aurífero lugar: el municipio de Anorí, en Antioquia.

He aquí una asombrosa historia, donde sus protagonistas han atravesado momentos aciagos y han padecido toda clase de vicisitudes, pero, con un desenlace común, sobrevivieron en medio de la adversidad.

Insólitamente, el ethos de los personajes encaja, con gran simetría, en la época cuando acaecieron los hechos.

La narración en tercera persona en unos apartes, y en primera en otros, nos va conduciendo hacia asombrosas historias de vida enmarcadas en lo universal, con insólita vigencia, pues pueden sucederle a cualquiera, en cualquier momento.

Una especie de radiografía, un arquetipo de nuestra cultura paisa: sobrevivir en medio de la adversidad. Hemos de recordar la contundente máxima del escritor galo, Antoine de Saint Exupéry:

¡El hombre solo se conoce, cuando se mide ante un obstáculo!

Una vez más, la unión familiar, la solidaridad, el amor al estilo de la gran novela Mujercitas, escrita también en tiempos de crisis y carencias, donde Louisa May Alcott, su autora, expresa que el dolor hace que los seres humanos se congreguen para celebrar la vida, para permanecer y para sortear obstáculos. También la reciedumbre, llamada hoy resiliencia, encaja perfectamente en el ethos de su autora, quien, frente a las dolencias físicas, a las carencias y a todo tipo de dificultades, ha prevalecido, como el ave fénix, para renacer con más bríos de las cenizas, constituyéndose en ejemplo inconmensurable –merecedor de todo tipo de elogios– y testimonio para algunos de nuestros jóvenes tan carentes de valores, tan indiferentes y tibios al momento de resolver conflictos. Nuestro reconocimiento por la esperanza que nos aporta ¡Sencillamente conmovedor!

El infortunio, las carencias y el dolor han sido los puntales para esta familia, enlazada por un escaso y raro sentimiento, deteriorado en nuestros días: el amor filial.

Todo el contenido del relato apunta a expresarnos esa capacidad de sustraer de los recuerdos que, aunque desafortunados, parecen como una especie de catarsis, liberadora y esperanzadora. La historia, tierna, vívida, auténtica, también trata más de un tema tabú en su momento, ignorados por unos, olvidados para otros.

El mismo título entraña una hermosa y luctuosa alusión, vigente, constante, no solo en la literatura, sino también en la vida misma. Charlotte Brontë lo confirma en Jane Eyre; Charles Dickens, en Oliver Twist, lo reafirma; y Anatole France nos ayuda con esta bella y aleccionadora sentencia, a manera de epílogo, a recordarlo:

¡El dolor, gran maestro de los hombres!

Eugenia Margarita Sánchez Cortez

Cicatrices

Tango de Enrique Maroni

Cicatrices

incurables de una herida
que me ha causado la vida
en su triste batallar.

Cicatrices

que ya no se cierran nunca
porque llevan siempre trunca
la esperanza de curar.

La quería eternamente
pero ella fue perjura
y llenó de honda amargura
y de pena mi ilusión.

Y es por eso que ahora vivo
siempre a golpes con la suerte
y sólo quiero la muerte
para mi angustiado y pobre corazón.

En la cara

también luzco con orgullo
un recuerdo que es muy tuyo
y que llevo por mi mal.

Un recuerdo

que me hicieron en tu nombre

cuando yo jugué como hombre
con la vida del rival.

Cicatrices imborrables
de un tormentoso pasado
que la suerte me ha brindado
y que nunca perderé.

Cicatrices de mi vida
que, aunque no tienen encanto,
yo las quiero tanto y tanto
que jamás, jamás, ya nunca olvidaré.

Preámbulo

Todos estaban reunidos con muy buen ánimo, porque celebraban el cumpleaños de una de sus amigas. De pronto, sonó el teléfono. Martín respondió, pero al ver la transformación de sus facciones, los asistentes a la reunión quedaron a la expectativa. Cuando Martín colgó el teléfono, todos quisieron conocer los detalles, que él comenzó a explicar. Dijo, con voz entrecortada, que le parecía increíble y además muy lamentable, pero que todos debían aceptarlo con suficiente madurez.

—Que ya no está —exclamó Nena después de la aclaración.

Los presentes se pusieron muy tristes, buscando la manera de aceptar los sucesos que aún se negaban a creer. Fue entonces la misma Nena quien se atrevió a satisfacer la curiosidad de todos y comentó los últimos detalles de los sucesos que compartió con esta amiga que acababa de partir.

—Ella era muy reservada con respecto a su enfermedad —dijo.

Pero aquella noche en la que recibimos la contundente noticia, Nena y los demás asistentes se tornaron silenciosos y notoriamente perturbados. Curiosamente, la persona que menos se preocupaba era precisamente Nena, y lo más triste y paradójico era que la partida de aquella amiga no nos daba tanto dolor, como sí nos alarmaba la situación de Nena.

Ella, en general, se muestra muy tranquila. Claro que cuando la ataca el dolor, se transforma. Es realmente otra persona.

De la gentil y alegre mujer que todos conocemos, parece no quedar nada. En ese momento ya es diferente, habla poco, no ríe, casi no tiene apetito y se ve como disgustada. Pero yo, que aunque la he visto poco últimamente, la conozco bastante y puedo decir que, cuando se ve así, de seguro no está enojada con nadie, ni siquiera con ella misma, como responde cuando le preguntan si alguien la ofendió, frente a lo que ella simplemente dice:

–Nadie me ha ofendido. Estoy enojada conmigo solamente.

Pero ¿por qué alguien puede disgustarse consigo mismo? Nadie atina a dar una respuesta acertada. Tal vez ni ella misma pueda hacerlo. Hubo un momento en el que me aventuré a pedirle que me diera alguna explicación al respecto, porque a mí no me parecía lógico que una persona se disgustase consigo misma sin un motivo claro.

Muy pensativa, guardó silencio por un instante, tratando tal vez de aclarar sus ideas:

–Mira, a mí me incomoda estar contando continuamente la misma historia. Por eso he llegado hasta a dudar de la realidad de mi dolor de cabeza. Ya estoy cansada de estar aguantando lo mismo, y me molesta tener que decirles a todos qué me pasa.

–Pero no es tu culpa –le dije–. Una persona no elige los dolores, sólo tiene que soportarlos. Es como cuando alguien se gana la lotería: no tiene sino qué gastársela.

Al menos logró sacarle, a fuerzas, una leve sonrisa con la descabellada analogía que le hice, y me respondió:

–Pues, cuando me gane la lotería, seguro me voy a tener que resignar a tenermela que gastar, pero mientras eso ocurre, que lo dudo mucho, como no tengo nada para gastar me dedicaré a gastar tiempo, que es lo único que puedo *capar* sin que me cobren dinero.

Afortunadamente Nena, a pesar de su dolor, siempre sale con alguna ingeniosa chanza aludiendo a sí misma. Esa noche, aprovechando que estábamos reunidos, y como me dio tanta alegría encontrarme con esta buena amiga y sentirla tan dispuesta a conversar, aproveché para que me contara mucho más sobre su razonamiento tan peculiar. Le pedí entonces que me hablara un poco más al respecto, en especial sobre lo que ella argumentaba para dudar de la realidad de sus dolores, puesto que, desde hacía mucho tiempo, eso era algo que me inquietaba bastante.

–Nooo mi querida. Tendría que contarte un cuento, pero bastante largo, y nos tardaríamos más de una noche para que te pudieras hacer a una idea más o menos aproximada –me respondió.

Viéndola en esa actitud, le dije que no tendría inconveniente en empezar a escucharla. Pero antes quise saber el motivo de la muerte de la amiga que íbamos a despedir, puesto que yo desconocía las causas.

–Fue un dolor de cabeza –me dijo Martín, muy pensativo y mirando a Nena.

Nena y yo nos dispusimos a irnos a mi casa, donde no tendríamos interrupciones de nada ni de nadie.



Oasis

El comienzo

Al llegar a casa, preparé una jarra grande de café bien cargado, y serví unos pancitos, para empezar a escuchar todo cuanto quisiera relatarme. Siempre he pensado que de cada persona se debería escribir una novela, y muy por encima sabía que Nena había pasado por situaciones bastante complejas durante su vida, así que, con mayor razón, quería aprovechar su disposición a revelarme detalles de su vida. Y así comenzó Nena su relato:

–Hmmm... aquí donde me ves, es una historia bastante larga y complicada. Debo aclararte que voy a intentar relatar lo que más pueda recordar, y también lo que sea capaz de decir. El hogar donde nací podría considerarse como feliz, con unos padres bellos, responsables y emprendedores ¿Quiénes son ellos? Ya los describo. Cuando nací, tenían alrededor de 29 años cada uno. Había dos hijos antes de mí; es decir, yo fui la tercera hija. Según tengo entendido, todo marchaba de maravilla. Teníamos una finquita con ganado, bestias, gallinas, agricultura, un entable de caña para la producción de panela, en fin, teníamos con qué vivir muy bien, obviamente trabajando, ganándonos el pan con el sudor de nuestra frente.

Para conseguir esa finca, mi papá le compró a mi abuelo una extensión de monte virgen y comenzó a desmontarlo, la organizó muy bien y la llamó El porvenir. Luego logró edificar una casa de tapia, con techo de zinc y teja de astilla, con tres piezas y una cocina. El orgullo mío fue haber sido la primera hija que nació en

aquella casa. Mi hermana mayor, Antonieta, había nacido en El raicero, una finca de mi abuelo donde mi papá había construido una casita. Lucho nació en El ranchito, como todos lo llamaban, y estaba ubicado en el lugar donde más adelante se construyó la casa grande. La nueva casa estaba rodeada de cinco corredores y cinco patios muy amplios, alrededor de los cuales mi mamá se dedicó a sembrar mucho jardín y una era, o barbacoa como la llamaban, donde cultivaba hortalizas y verduras caseras.

En las afueras de la casa teníamos el gallinero, de donde ese poco de gallinas sacaban a pasear a sus pollitos, que alegraban los alrededores con ese melodioso piar de los chiquitos y el cacarear de las mamás. Del paseo de los pollitos se valió mi madre, con ese ingenio tan maravilloso que siempre ha tenido, dizque para enseñarme a contar, y entonces yo, cada mañana los esperaba para avisarle a mi mamá si estaban completos o si faltaba alguno.

La casa era la más hermosa y agradable de la región. Mi papá también compró una casa pequeña en el pueblo, donde tenía pensado que mi mamá se instalara al paso que sus hijos fueran cumpliendo la edad para ir a la escuela, porque para él, a pesar de no haber tenido la oportunidad de estudiar, lo más importante era el estudio de sus hijos, y siempre le insistió a mi mamá que trabajaría mucho con tal de conseguir que sus hijos tuvieran muy buena educación.

Luego me dijo mi amiga que recordaba muy pocos acontecimientos compartidos con Delio, su padre, pero que mencionaría al menos algunos.

—Había entre los animales de la finca un caballo muy bonito, y ya mi padre había dicho que iba a ser el mío. Un día cualquiera, mi caballo se enredó en algún hueco y se fracturó una pata. Mi papá

y algunos trabajadores de la finca trataron de salvarlo, pero no había forma de conseguir un veterinario. Como era imposible que el animal dejara de sufrir, optaron por sacrificarlo. A mí me dio mucho dolor y lloré mucho lamentando la suerte de mi caballo, lo que conmovió tanto a mi papá, que me prometió una potranca acabada de nacer, para reponer el que había perdido. Fue así como me convertí en la dueña de una preciosa yegua alazana, que recibió por nombre La Flica.

Yo creo que así la bautizó mi mamá, que siempre tenía el nombre preciso para cada uno de los animales. En casa, todas las vacas, caballos y hasta las gallinas tenían nombre, y aún recuerdo algunos. De las vacas, eran: La Toronja, no sé la razón de su nombre; La Brava, porque le gustaba atacar a todo el que se le arrimara, y entonces mi mamá no permitía que pasáramos cerca cuando ella la estaba ordeñando; La Ospina, porque provenía de donde un tío de mi papá, que se llamaba Arturo Palacio Ospina; La Cachibaja, porque tenía los cachos como redondos o cruzados hacia los lados; La Cachipanda, nombre que copió de la novela Rosalba, del escritor pereirano Arturo Suárez Dennis, que recién se había leído. Ella solía recordar los nombres de los libros en todo cuanto podía hacerlo. A otra la llamó La Ninfa Eco, también por lecturas en las que aprendió que en la mitología griega hubo una ninfa de la montaña del monte Helicón, que amaba su propia voz y siempre la repetía, y por eso fue conocida como la ninfa eco. A mí, por ejemplo, me llamó Filomena, porque ese era el nombre que los indios le habían puesto a la niña perdida en Lejos del nido, que también leyó mientras me esperaba, y como diminutivo de ese nombre me dejaron Nena.

En fin, que todos los animales recibían un nombre a causa de algún suceso determinado. Una perra que nos acompañó por

muchos años se llamaba Retumba. De este nombre sí no hay seguridad sobre quién se lo inventó, si fue mi mamá o mi papá. Retumba fue una perra campestre que estuvo en el hogar haciendo honor a la característica que se atribuye a los perros: ser el mejor amigo del hombre. Era la mano derecha en aquella casa, siempre estuvo pendiente de las necesidades de todos y también allí se la tenía en cuenta para todo.

En las casas, especialmente en las del campo, siempre han de existir uno o varios gatos. El de la familia recibió por nombre Doctor, a quien mi mamá llamó así porque estaba muy agradecida con el médico que la asistió en el parto de Paco, el hermano que nació después de mí. Este fue el único parto en el que se presentó un médico, porque en todos los nacimientos tuvo la asistencia de una partera. Pero en éste la situación se puso muy delicada y fue necesaria la presencia del médico, que, aunque llegó un poco tarde, pudo asistirle y hacerle la atención postparto, por lo que quedó tan agradecida que, para recordarlo, siempre llamó así al gato. Pero ella sabía que no había doctor sin su cartón universitario, de manera que cuando al gato le llegó su pareja, la llamó Diploma.

Una anécdota que permanece imborrable en mi memoria tiene que ver precisamente con el gato y con un mico que también nos acompañó por mucho tiempo, y que debió haber llegado a la casa porque lo cazó mi papá o mi tío Emilio. Eso era muy común en el campo en esa época. Pues bien, el mico era un miembro más de la familia, y siempre nos impresionó esa inteligencia que tenía. Imagínate que en la cocina mi mamá mantenía un tarro en el que guardaba los huevos que iban poniendo las gallinas, y eran para el consumo de la familia. Pues el tal mico se ideó la manera de robarse los huevos del tarro, y también aprendió que crudos no

eran muy buenos, pero lo que más nos sorprendió fue que encontró una muy buena forma de cocinarlos antes de comérselos: los metía en el rescoldo del fogón, en la ceniza caliente, y al rato ya estaban listos para consumirlos. Pero eso no es todo: el monito también aprendió que la ceniza caliente quemaba sus manos, así que le dio por usar las manos de Doctor, el infeliz gato, que dormía en un extremo del fogón, y con ellas sacaba el huevo caliente para comérselo. En la casa nos dábamos cuenta cuando oíamos ñarrear al pobre gato, y sólo entonces el mico saltaba, ya con el huevo en su poder.

Otra historia que recuerdo al lado de mi papá fue un día que me llevó para que le ayudara a techar la ramada donde iba a instalar el entable para la producción de la panela. La idea era ir poniendo las hojas de paja para el techo. Entonces papá Delio se encaramaba a la parte de arriba, a la armazón de madera, y yo, que tenía cerca de cuatro años, le iba pasando cada una de las hojas de paja para que él las fuera amarrando. Yo me sentía feliz porque le estaba ayudando, y no podía haber motivo de dicha más grande que serle útil a ese hombre que era, para mí, el ser más especial que hubiera existido.

Pero de pronto ocurrió algo que me hizo estremecer y en un principio me hizo sentir frustrada, pues por un buen rato pensé que había decepcionado a ese hombre, que sólo merecía lo mejor. Yo le estaba pasando las hojas con mucha devoción, cuando escuché un grito muy fuerte: ¡Quieta!, me dijo, y de un salto bajó al suelo, donde yo estaba, y me quitó la hoja. No vi exactamente lo que hizo, pero enseguida me tomó en sus brazos y salió volado conmigo para la casa, sin pronunciar una sola palabra. Me tocó esperar hasta por la noche, y yo en esa angustia

tan maluca, hasta que llegó mi tío Emilio, que nos ayudaba en la finca, y papá comenzó a contarle lo que había pasado:

—Imaginate hombre que estaba poniendo las pajas para el techo con ayuda de la niña, cuando de puro milagro alcancé a ver que en la hoja de paja que ya me iba a pasar había una culebra, y entonces me tuve que tirar del techo lo más rápido que pude para que ese animal no me la fuera a picar.

Yo, que ya le tenía cierta fobia a esos animales, sentí pánico, pero a la vez también me sentí reconfortada porque supe que mi padre no se había enojado conmigo, como había creído al principio.

—Espera, no entiendo, ¿por qué era la fobia a esos animalitos? — Le pregunté.

—Bueno, eso debe haber nacido de los comentarios que yo escuchaba en casa por parte de familiares y conocidos de mis papás, recordando que cuando yo tenía veinte días de nacida, mi mamá me tenía en una canastica donde acostumbraba acostarme después del baño, y un día de pronto vio caer una especie como de palito a un lado de la canasta ¡Y cuál no sería el susto de mi pobre madre cuando se dio cuenta que no era ningún palito, sino que era un pichón de verrugosa! Una culebra muy venenosa que hay por allá. Imagino que mi pobre mamá debió haber hecho un escándalo terrible, y eso, sumado a las historias que continuamente contaban las personas, fueron sembrando en mí ese temor tan grande, que no he podido superar jamás.

—¿Cómo así?, ¿aún tienes esa fobia?

–Sí, la fobia continúa, y creo que cada vez es peor. Pero no quiero detenerme más en ese asunto, porque se nos embolata la historia.

–Nooo, claro, está bien, continuemos con lo que nos interesa en este momento.

–Sí. También recuerdo con mucha nostalgia que me encantaba, cuando mi padre llegaba temprano, encargarme de lavarle los pies con agua caliente, que mi mamá le preparaba. En pago por mi servicio, él se ocupaba de darme un huevo tibio con cuchara, que le exigía dejar blandito, para tomármelo sopiado con una arepa. Lo más divertido era que cuando yo terminaba con el huevo, papá gritaba: “¡Otro huevo, que la niña quiere más!”, y así continuaba, y podía darme hasta tres o cuatro.

Nena, cabizbaja, guardó silencio por un momento.

–Pero –continuó–, de verdad es muy poco lo que recuerdo haber vivido con él, o lo que recuerdo de él. Viene a mi mente una vez en que me subí a la mesa donde mamá estaba cosiendo, porque ella siempre fue costurera, y comencé a esculcarle el cajoncito de la máquina. Obviamente podía hacerle daños, y ella me empezó a regañar. Y yo, como si nada, continuaba mi tarea. Hasta que, efectivamente, algo le dañé, y ella, muy disgustada, se puso a buscar el metro y a doblarlo para castigarme con él. Pero yo, que era muy pequeña, y además la niña mimada y contemplada de papá, me bajé de la mesa a toda carrera y salí en carrera hasta el patio de atrás de la casa, llegué hasta donde mi papá, que estaba haciendo algún oficio, y se agachó para levantarme y preguntar qué pasaba. En ese momento llegó agitada mi pobre madre, con el metro listo para darme una bien merecida muenda, pero el alcahuete de papá dio la vuelta conmigo y me salvó del castigo.

También lo recuerdo tocando tiple o guitarra, y entonando canciones muy bellas del folclor nacional para hacerme dormir. Entre las canciones que recuerdo están La Sombrerera, Guabina Chiquinquireña, Señora María Rosa, Doña Rosario, entre otras.

Muy especialmente, recuerdo Las Acacias, canción que, con el tiempo, se fue convirtiendo en una especie de himno de la familia. Y es porque en esa canción encontramos algo de la nuestra historia familiar, especialmente en un verso que dice: *se marcharon unos muertos y otros vivos que tenían muerta el alma*, porque, en efecto, el primero en abandonar la casa fue papá, que murió, y tras su muerte mi mamá, y nosotros, sus hijos, fuimos comenzando, poco a poco, a morir en vida, ya te imaginarás por qué, porque conoces parte de la historia. Ahora bien, es como un himno familiar porque toda la canción, desde el comienzo, coincide con nosotros. Nuestra casa, en la finca, era lo más hermoso que te puedas imaginar, pero eso no impidió que sus puertas y ventanas fueran cerrándose para siempre, y todo dentro de la casa y sus alrededores se fuera muriendo, como papá y como nosotros. Todo fue muriendo, pero la estrofa más dicente y dolorosa, definitivamente, es la que dice:

Dolorido, fatigado de este viaje de la vida,
He pasado por las puertas de mi estancia
Y una historia me contaron las acacias
Todo ha muerto, la alegría y el bullicio.

Pero a mí no me tocó ver las acacias cabeceando combatidas por el viento, ni siquiera pude oír gemir el viento en los aleros, ni me tocó a mí, ni a mis hermanos, ver que las tapias fueran desmoronándose. Pero donde no tengo nada qué replicar es en la parte que dice: *dolorido, fatigado de este viaje de la vida, he*

pasado por las puertas de mi estancia. Y no tengo nada que objetar, porque cuando pude pasar por el lugar donde había estado nuestra casa, no encontré absolutamente nada. Fue necesario pasar a rastras para tratar de identificar un poco el lugar y reconstruir en mi mente la que fue su casa. Este suceso ocurrió muchos años más tarde, cuando fui de paseo en compañía de un tío. Algo muy triste, porque, por el excesivo afán de mi tío, no me fue posible averiguar por todo lo que había pasado allá, ni pude ir donde nuestros vecinos, porque sus casas quedaban muy lejos. Sí supe, de siempre, que los que compraron la finca estuvieron muy ansiosos dizque escarbando por todas partes, buscando un entierro que había dejado mi papá en la finca. Caímos en cuenta de que, muy probablemente, el mayor interés de los compradores era encontrar ese tesoro, y como no lo hallaban, fueron tumbando poco a poco la casa, buscando bajo las tablas del piso o en las tapias de las paredes, con lo que fueron tumbando la casa, hasta que finalmente se marcharon de allí.

Cuentan también que esa gente estaba tan segura de encontrar el tesoro enterrado, porque hubo quienes aseguraban que, desde El Cedro, en las noches veían arder llamas en los potreros aledaños a la casa que papá había construido, hecho que consideraban como un anuncio infalible para encontrar los tesoros escondidos allí. Claro que la historia de las llamas puede tener otra explicación medio parecida, y es que en el lugar que papá eligió para construir la casa de su finca, habitaron, muchos años atrás, tribus indígenas, y es probable que ellos sí hubieran dejado tesoros escondidos, o por lo menos los despojos mortales de sus ancestros.

Hasta ahí, la historia de mi amiga se mostraba bien triste, pero estaba muy entusiasmada en continuar con la narración, y yo no

iba a desaprovechar esa oportunidad, de modo que cada vez me acomodaba mejor para estar muy atenta a todo. Además, me aseguré que, en lo que faltaba por relatar, encontraríamos sucesos gratos y hasta un poco cómicos.



Acontecimientos compartidos con papá

—Papá y mamá se caracterizaron por ser muy humanitarios, y por eso en todo momento había alguna persona con necesidades, a quien ellos ayudaban. Fue así como conocimos a Aurelio, hijo de una familia vecina, y que tenía muchos problemas de salud. Se puede decir que Aurelio estuvo viviendo con nosotros, pero lo importante para resaltar es que el niño, que podía tener más o menos unos diez años, estaba muy enfermo, como ya te dije. Por lo que recuerdo, podía estar padeciendo de alguna anemia aguda, leucemia o quién sabe qué otra cosa. No puedo decir, a ciencia cierta, cuál era la afección de nuestro visitante, pero sí puedo decir que era de una palidez exagerada y un estado de desnutrición terrible. Aurelio se encontraba con nosotros precisamente porque sus padres le habían pedido a mamá y a papá que se lo recibieran por unos días, esperanzados en que, si recibía lechita fresca y buena alimentación, podía llegar a mejorarse. Pero no fue así, y el pequeño Aurelio, como no tenía ni alientos para jugar, se arrimaba donde Luchito, que se complacía observándolo y tratando de que participara en sus juegos, tanto que, en algún momento, Aurelio sacó de entre sus pertenencias un espejito con el que se entretenía constantemente, seguro por lo novedoso que le podía parecer el artefacto. Luchito, para quien no era nada novedoso el espejo, se encantó jugando con Aurelio, que, a decir verdad, era como un

nuevo juguete para aquel. Entonces Luchito, intentando agradar al pequeño huésped, comenzó a mostrarle las figuras que aparecían allí y cómo las podía transformar. Con todo el entusiasmo que le dedicaron al hecho, el pequeño espejo fue a dar al suelo y se rompió en mil pedazos. Aurelio sintió que había perdido su pertenencia más importante, lo que le causó la mayor tristeza, pero, dado su estado tan deprimente, ni siquiera podía pelear con Luchito por ese daño tan grande, por lo que se limitó a decirle con palabras entrecortadas, debido a su estado tan débil:

—Aaah, ¿po qué me quebajte e ejpejito?

Con ese episodio Luchito se moría de la risa, y entonces hacía que Aurelio estuviera repitiendo continuamente la misma cosa. Pero era que no paraba de reír. Tanto, que fue necesaria la intervención de mamá para que Luchito no siguiera acosando al enfermo.

Pero ahí no terminaron las cosas. El pobre Aurelio no pudo vencer la enfermedad, hasta que acabó rindiéndose a ella y murió. Lo más lamentable fue que mi madre, que siempre ha sido una mujer tan fuerte, no fue capaz de asumir esa muerte con la serenidad que uno esperaría y le fue tomando un miedo espantoso al ánimo de Aurelio. Entonces se dedicó a hacerle las novenas y a rogarle que nos socorriera a todos, y en especial que le perdonara a Luchito por haberle quebrado su espejo, porque el niño no lo había hecho con ninguna mala intención, sino que había sido un accidente, causado por el mucho aprecio que él sentía por Aurelio. El día que murió, sus padres enviaron a alguien a conseguir unos clavos con mi papá, para hacer un cajón en qué velarlo y más tarde enterrarlo. Fue en ese momento en el que mi

mamá se dejó llenar de nervios, y como mi papá tenía que irse para el pueblo a colaborar con el sepelio del niño, entonces ella decidió irse hasta Sabroso, la casa de mis abuelos, para quedarse allá y orar junto con su suegra, mi abuela, que tampoco paraba de rezar. Esa noche, aunque estaba acompañada por sus suegros, mi mamá no pudo dormir porque decía que le parecía ver al niño que se le presentaba continuamente.

Afortunadamente los sucesos no tuvieron mayor trascendencia y la vida retornó a la normalidad. Con la familia del niño tuvimos una muy buena relación mientras vivieron cerca de nosotros, hasta que más adelante se pasaron a vivir ya muy lejos, y nunca más volvimos a tener noticias de ellos.

María de los Ángeles

Nena cierra los ojos, lleva su cabeza hacia atrás y prosigue.

—Algo más que recuerdo ocurrió en el último diciembre que pudimos compartir con mi papá. Como todos los fines de semana, él se fue para el pueblo, y nosotros, como era costumbre, nos quedamos en la finca. Mi mamá estaba embarazada, pero aún no era tiempo de dar a luz. Sin embargo, ella, por tanto qué hacer en la finca, no se había cuidado lo suficiente, y comenzó a sentirse mal. Todo parecía indicar que iba a empezar el trabajo de parto, entonces mandó a mis hermanos mayores, de ocho y nueve años, a llamar a una señora vecina, que llegó apresuradamente, y también llamaron a Josefina, una cuñada de mi mamá, que a su vez se encargó de llamar a otra señora que hacía las veces de comadrona o partera. Mi mamá se acostó, y en la casa comenzó a verse una agitación no acostumbrada de personas y de cosas, y a mis dos hermanos mayores y a mí nos mandaron a jugar fuera de la casa. Creo que al niño lo dejaron cerca, porque él estaba muy pequeñito.

Nosotros nos fuimos a jugar en la pesebrera del burro. Olvidé contarte que teníamos un burro, y cómo no, también tenía su nombre: se llamaba Federico. Allá pasamos casi todo el día jugando. Mi hermana era la mamá, mi hermano el papá y yo la niña, que le llevaba la comida al papá porque estaba trabajando. Recuerdo que esa comida era un dulce de guayaba que mi mamá —mi mamá de verdad, pues— había preparado el día anterior. Con todo ese ajeteo de atender al señor trabajador y a la señora

madre, nos fuimos olvidando de lo que sucedía en casa, o, mejor dicho, se me fue olvidando a mí, porque a mi hermana, que en este momento en el juego era nuestra señora madre, nada se le pasaba, y cada que tenía oportunidad se daba una pasadita para buscar información y llegaba a la casa de Federico a contar que Maité –o sea mamá–, estaba quejándose porque, según ella, Laura, la partera, la estaba matando. Yo me llené de angustia y esperaba ansiosamente que llegara mi papá –el de verdad– para que arreglara la situación. Mientras esperábamos, logramos meternos en casa, y recuerdo que Josefina salió con mucha prisa del cuarto y regresó con un pocillo lleno de agua. Entonces dijo mi hermana:

–Eso es porque ya mataron a la mamá y necesitan echarle agua para el buen morir.

Luego, la misma Josefina mandó a mis hermanos a pillar un maíz, y yo aproveché que me dejaron sola para entrar, sin ser vista, hasta el cuarto de mi mamá. La encontré despierta y me acerqué. Ella me señaló a la ventana, y me dijo que ahí había una bebé que acababa de nacer, pero que estaba muertecita. Fui a mirarla y me pareció muy linda, pero me dio mucha tristeza saber que se había muerto. Mamá me autorizó que les contara a los muchachos. Salí corriendo a donde ellos, pero solo alcancé a decirles: “¡mi mamá tuvo una niña!”, porque no me dieron tiempo de nada más, pues salieron demasiado rápido. Yo corrí detrás, y cuando ya estaban llegando logré agregar: “pero está muerta”, con lo que conseguí que mi hermana me pegara el pellizco más horrible por no habérselos dicho a tiempo. Un rato después vimos asomar a nuestro padre y salimos corriendo a su encuentro. Obviamente, mis hermanos llegaron primero que yo, pero también era obvio que mi papá me favorecería a mí, por ser la chiquita. Entonces se

adelantó para recibirme y subirme al caballo, momento que yo aproveché para darle la primicia. Él llegó y entró a la casa para ver a su esposa y a su nueva hija. Los detalles del encuentro los desconozco. Sólo puedo decir que organizó un cajoncito para meter a la pequeña criatura, y que esa noche se le hizo en casa un sencillo velorio. Al día siguiente él se fue con su bebecita, nuevamente para el pueblo, a darle cristiana sepultura. No había aclarado que cuando Josefina entró apresurada con el agua, fue porque se enteraron de que la niña había nacido muerta y querían bautizarla como manda la religión católica. Le dieron el nombre de María de los Ángeles.

Le he oído decir a mi mamá muchas veces que mi papá lloró sobre el cadáver de su pequeña hija, algo que causa gran admiración a las personas a las que ella les cuenta esa historia, y que no deja ninguna duda sobre esa belleza de ser humano que fue nuestro padre: noble, tierno y conmovido ante la muerte de la inocente criatura. Un padre excelente, intachable, al que toda mi vida he añorado y añoraré hasta que muera.



Deuda de cien papeles

—Continuando con la historia, más o menos en febrero de 1964 el cura fue a celebrar una misa en la escuelita que quedaba cerca de la finca, ubicada en la vereda La Trinidad, como a unos veinte minutos de la casa. Como mis padres siempre fueron fervientes seguidores de la religión católica, acudieron a la celebración, que era en la mañana, y me llevaron con ellos. Al terminar la misa, ya de camino a casa, cruzando una quebradita, vimos a un señor que iba saliendo de la escuela, también a caballo. Era Eduardo Torres, sobrino de mamá, y muy amigo de papá. Entonces mi padre le dijo a mamá:

—Recíbime la niña, que tengo que ir a hablar con aquel hombre, porque me debe cien papeles.

Me pasó para el caballo y salió rápido a buscarlo. Como esta pequeña niña no entendía esos términos, le pregunté mamá a qué se refería, y por qué le inquietaban tanto unos simples papeles. Ella me explicó que era plata, mucha plata, cien pesos, y que el señor se los debía a mi papá.

Claro pues, también, que hablarle de dinero a una niña que a lo sumo contaría con cuatro años, era como equivalente a decirle que se trataba de cualquier papel insignificante, porque para la edad, la época y el lugar, no tenía la más mínima noción de lo que representaba. Cuando papá nos alcanzó, no traía muy buen semblante, por lo que mamá le preguntó cómo le había ido. Él, medio enojado, le contestó que el tipo quería como esquivarle a la deuda. Ese detalle quedó grabado en mi mente, y si bien en

aquel momento no podía entender muy bien por ser tan pequeña, años más tarde comenzaría a darle trascendencia a un asunto que bien pudo pasar desapercibido entonces para sus padres, y también para mí, pero más tarde lo recordaría por las palabras *cien papeles* que oí decir a mi padre, y que fueron tan extrañas para mí.

Último día con papá

Mi amiga no alcanzaba a recordar detalles de los días siguientes, sino sólo hasta el día más trágico que haya vivido su familia: el día de la muerte de ese maravilloso padre. Luego de una pausa, Nena siguió con su relato.

—Ya mis dos hermanos mayores habían comenzado a estudiar. Durante los primeros años habían estado viviendo donde parientes cercanos, o en casas de personas conocidas, donde mi papá pagaba por su cuidado. Pero ese año habían decidido que mi mamá se fuera para la casa del pueblo, y que se instalara allí para estar al cuidado de sus hijos. Claro que los dos menores, que aún no empezábamos a estudiar, también debíamos estar cerca de la mamá. Mi papá salía al pueblo todos los sábados a dar vuelta a su familia, y se regresaba los domingos a trabajar en la finca. Y ese sábado, dieciséis de mayo, no fue la excepción. En la mañana se organizó para salir al pueblo, en compañía de un señor que era evaluador de la Caja Agraria, y siempre que tenía que visitar las veredas cercanas, prefería amanecer en nuestra casa, seguramente porque en ella encontraba algo más de comodidad, y sobre todo mucho calor humano, porque el ambiente familiar era supremamente acogedor. Don Mario, que así se llamaba, estuvo ese viernes en la finca y se madrugó con mi papá para salir juntos al pueblo. Días después, él mismo contaba que cuando iban pasando por un paraje que no tenía mucho de particular, Guayacán, el macho en el que montaba mi padre, se puso muy arisco, como negándose a continuar la

marcha, por lo que, tanto don Mario, como mi papá, estuvieron de acuerdo en que había que obligarlo a obedecer, porque era una bestia joven a la que no se le podía dejar que se llenara de resabios. Por eso mi padre, que sabía cómo manejar a sus bestias, obligó a Guayacán a continuar a buen paso. Llegó al pueblo, donde estuvo con su esposa y con sus hijos, disfrutando del calor del hogar. Mi mamá había reorganizado la pequeña casa, y para darle un toque diferente sacó una cama que tenía en el único cuarto, y la acomodó en la sala de recibo que estaba a la entrada de la casa. Cuando papá vio la cama allí, se quedó pensando y luego le dijo:

—¿No creés que esa cama te puede estorbar ahí?

—Ah ah. Para nada. Estás exagerando. A mí no me parece que la cama estorbe ahí. Antes me parece que es muy útil en ese punto
—respondió mamá.

El domingo diecisiete de mayo, en horas de la tarde, mi papá se alistaba para volver a la finca. Se despidió de todos y acompañó a mi madre a quedarse con mi abuela, que se encontraba en malita de salud, y de ahí salió para la finca. Cuando iba saliendo ya del pueblo, se encontró con un señor muy querido y respetado en la región, y que además era vecino nuestro en la finca. Este señor le dijo:

—Hombre, ¿usted para dónde se va a ir a esta hora? ¿No ve que aquí es donde tiene a su familia?

Mi papá le contestó que tenía que irse para la finca porque se le había presentado un percance con unos novillos que estaban embolatados, y le tocaba ir a buscarlos antes de que se le perdieran del todo. Pero el vecino le insistió en que debía ser más importante quedarse con la esposa y con los hijos, que irse a

buscar un ganado, y que, si él madrugaba bastante al día siguiente, igualmente iba a alcanzar a cumplir con esa tarea. Hasta que lo convenció, de modo que mi padre aceptó y se regresó, fue a llevar a su bestia al potrero y luego se fue para donde su suegra, mi abuela, a buscar a su familia. Allí estaba yo con mi madre, quien al verlo llegar se sorprendió mucho y le dijo:

—Eh, vos es que me estás asombrando.

Ante esa ocurrencia se largó a reír y le contó la razón por la que se había devuelto, de modo que otra vez juntos pasamos una agradable noche en familia. Después supimos que en la vereda La Trinidad, de la familia Torres habían estado preguntando por papá, sin haber motivo aparente por qué hacerlo. Pensamos que sólo querían estar seguros de que no había llegado.

Al otro día papá se levantó muy temprano. Era lunes 18 de mayo. Tenía mucho afán de ir a buscar su ganado, pensando que, de pronto, se habrían caído a un hueco y necesitaban ayuda. Madrugó a misa, como era su costumbre de buen católico. Al regresar a casa, le dio una última mirada a sus hijos, que aún dormían, y dijo en broma:

—Muy lindos mis hijos, ¡pero muy poquitos!

Luego se despidió de su esposa y, montado en su macho, dio algunas vueltas, llevó las manos a su carriel, lo abrió y sacó un rollo de billetes que le entregó a mi mamá, diciéndole:

—Guardá vos esto —Y partió para la finca.

Solamente unos días después, mi mamá contó el dinero que mi papá le entregó, y supo que había cuatrocientos pesos, los que seguramente estarían en billetes de a peso. Lo supongo hoy,

porque creo que serían las denominaciones más altas, o tal vez la única.

En medio del camino pasó por la casa de don Gilberto, un compadre, para saludarlo y averiguar cómo estaba su ahijado, a quien encontró un poco debilitado de salud. Le propuso entonces a su compadre que se fueran juntos, para que se trajera una vaca con ternero y así tuviera leche para darle al niño y que se recuperara más fácil. Él aceptó, montó una yegua para acompañarlo, y partieron de prisa, puesto que mi papá, como te dije, quería llegar pronto a casa. Aun así, entró a saludar a su mamá, que vivía de paso, pero no se tardó. No eran las diez de la mañana cuando retomaron la marcha.

Apenas estaban llegando al mismo paraje en el que Guayacán se había ranchado, cuando don Gilberto, que iba adelante en su yegua, escuchó una detonación fuerte. Se volvió a mirar y se encontró con que mi pobre padre iba cayendo desde su macho hasta el suelo, mientras decía:

—¡Me mató una chispa de rayo!

Don Gilberto se tiró de la yegua a toda prisa y corrió a levantarlo, pero ya era tarde porque él estaba muerto. Después supimos que el disparo provino de una barranca al lado del camino. Se puede pensar que mi padre alcanzó a ver a sus asesinos antes de caer de la bestia. Al señor don Gilberto sólo le quedaba ir a llevar la triste noticia. Primero fue a la finca, donde estaban los trabajadores, y ya de allí ellos se encargarían de llevar la noticia a toda la familia.



Noticia a la familia

–Recuerdo casi todo con una claridad increíble –continuó Nena. Hasta me asusta comprobar que todo aparece en mi mente como si apenas estuviera ocurriendo. Las cosas sucedieron así: mamá se fue a acompañar a su madre, mi abuela, que, como ya te dije, se encontraba delicada de salud. Dejó a sus cuatro hijos en compañía de una niña vecina, Mercedes Gutiérrez. Esta niña tendría diez años, mis hermanos mayores ocho y nueve, yo cuatro y el niño no tenía siquiera los tres años.

Mientras mamá estaba ausente, mis hermanos mayores pusieron a contar cuentos. Yo estaba muy asustada porque el cuento que narraban hablaba de un señor que viajaba en su caballo y una bruja lo mataba. Precisamente el cuento se llamaba El del caballo negro. Yo esperaba el desenlace, cuando tocaron la puerta. Mi hermana mayor corrió a abrir. Era un señor vecino de la finca, preguntando por mamá. Al no encontrarla, y como usualmente acostumbraban a hacer los campesinos cuando llegaban al pueblo, se quitó el machete de la cintura y lo entregó para que se lo guardaran. Mi hermana volvió con un aire de misterio y susto, al tiempo que decía:

–Era Rubén. Mataron a mi papá y no le quieren dar la merienda a mi mamá.

Por merienda se refería a un castigo. Sentí tanto miedo de imaginar que pudiera ser cierto que mi papá estuviera muerto, y a la vez tanta rabia con mi hermana, porque estaba convencida de que eran mentiras suyas para asustarnos.

Mis hermanos y Mercedes quisieron escuchar los comentarios que hacían los vecinos que se fueron arrimando a nuestra casa. Se subieron a la ventana para enterarse de todo. Yo quería seguirlos, pero hacía mucho ruido y arriesgaba a que nos descubrieran, y entonces mi hermana me daba pellizcos y palmadas, por lo que yo gemía y, por supuesto, los vecinos en la calle notaban que estábamos ahí, bregando a escuchar.

Apenas transcurrieron algunos minutos, cuando nuevamente llamaron a la puerta. Esta vez era un agente de policía que vivía en una casa vecina a la nuestra. Cuando le abrieron, le dijo a mi hermano mayor que fuera hasta la casa de nuestra abuela y le dijera a la mamá que viniera rápido. El niño salió a toda carrera, y efectivamente llamó a mi mamá. De camino a casa, el niño le decía que le daba miedo de los muertos, pero el asunto no trascendió, a pesar de que una empleada doméstica, con la mayor imprudencia, los detuvo para preguntarles si era cierto que habían matado a mi papá. Mi madre la ignoró y siguió rápido para la casa.

La vimos asomar cuando comenzaba a bajar la cuadra donde vivíamos, y salimos a toda prisa a encontrarla. Ella, al ver tanta gente alrededor de la casa, se adelantó para enterarse de los sucesos. Se dirigió directamente a Rubén, lo saludó y le preguntó:

—¿Cómo está todo?

A lo que él respondió parcamente:

—Bien.

Pero ella no quedó satisfecha, y le increpó:

—Si todo está bien, entonces ¿usted por qué está aquí?

Él no pudo evadir más la respuesta, y soltó la noticia, sin más reparos, con estas palabras:

—Les voy a decir, pero no le vayan a contar nada a doña Rosa Amelia. Es que mataron a Delio.

En el acto, mis hermanos cayeron al suelo, tal como yo recuerdo, uno encima del otro. Yo no encontraba ninguna explicación, sólo que me parecía muy extraño que se hubieran caído al mismo tiempo, y que algunos vecinos, en completo silencio, hubieran corrido a auxiliarlos, como también a mi mamá, de quien no alcanzo a recordar ni siquiera la expresión de su rostro. Pero sí se olvidaron de mí, que me quedé completamente pegada a la ventana, sintiéndome incapaz de mover un solo músculo de mi cuerpo. Como escuchaba que todos lloraban, consideraba que debía ser lo más adecuado, y claro que sentía deseos de hacerlo, pero me fue imposible. Las lágrimas me abandonaron, se negaron a acompañarme, igual que todas aquellas personas que me habían olvidado pegada a la ventana.

Recuerdo que las pocas veces que había escuchado la expresión “matar a alguien”, era cuando contaban sucesos ocurridos con la chusma, un grupo de gente vulgar y despreciable, y decían que un señor muy malo, a quien todos nombraban Tirofijo, apresaba a sus adversarios, los mataba de una manera brutal y describían que los despellejaba y les echaba sal y limón en las heridas, hasta que los dejaba morir. Eso era lo que significaba, para mí, matar. Por lo tanto, era lo que yo imaginaba que le había ocurrido a mi papá. Permanecí en ese sitio y en esa posición por un buen rato, hasta que una vecina, al verme allí, creo que se imaginó que, siendo yo tan pequeña, no había entendido lo que ocurría a mi alrededor, y se ofreció a llevarme a su casa y tratar de hacerme

dormir, aunque no lo consiguió. No olvido que esa noche llovió a cántaros, y todos los presentes se quejaban de la inclemencia del clima. Algunos decían que cuando alguien moría, y llovía de esa manera, significaba que el difunto había sido muy buena persona, y que el cielo estaba también llorando por él. Pues al menos en este caso sí tenían toda la razón.

La noche transcurrió acompañada de llanto, dolor, lamentos y desesperación. La viuda tendría que enfrentarse sola a una larga vida, y velar por esos hijos que, de ahora en adelante, ya eran simplemente los huerfanitos, que sólo la tenían a ella para que los atendiera y socorriera en todo. Los vecinos fueron bastante solidarios en ese momento y se quedaron acompañando a la familia, dándoles apoyo moral. El cura del pueblo también acudió a la casa para dar su voz de aliento, y dijo ante todos que papá ya debía estar al lado de Dios, porque en la mañana de ese mismo día había ido a la iglesia y había recibido la sagrada comunión.

Para todos se trataba de una noticia muy consoladora. Claro que yo, la pobre niña menor, no me alcanzaba a sentir satisfecha con esas palabras, porque lo que quería era un imposible: que papá regresara con su familia.

Velorio y la preparación de las honras fúnebres

Ya era martes diecinueve de mayo. Corría el año 1964. Ese día era necesario apurarse con todo lo que se requería para las honras fúnebres de mi padre, preparativos para lo que no estábamos acostumbrados. Mamá, a ocuparse de confeccionar ropajes especiales para un funeral; es decir, tenía que comprar tela negra y coser con ella los vestidos, el suyo y los nuestros. Afortunadamente ella tenía un sobrino, Octavio Acevedo, muy notable en el municipio. Él se desempeñaba como profesor en el pueblo, y se puede decir que gozaba de gran reconocimiento por parte de las autoridades civiles y eclesiásticas. Octavio se hizo cargo de casi todas las actividades propias de la situación, como difundir la información sobre el sepelio, e invitar a las autoridades y personalidades del pueblo. También se ocupó de mandar a hacer el ataúd, de lo que tengo un recuerdo imborrable. El señor carpintero llegó, con su labor terminada, más o menos a las once de la mañana, y al hacerle entrega al profesor, que le había hecho el encargo, a éste sólo le bastó mirar el cajón para decirle, con una extraña seguridad:

—Ahí no cabe Delio, señor. Le falta una cuarta —señalando con la palma de su mano y los dedos abiertos, para hacerse entender en su observación.

El carpintero se tuvo que devolver con su obra y apurarse a hacer el cambio, porque ya la familia estaba a la espera del cuerpo. Y resulta que sí fue necesario mandar a ampliar el cajón con la medida que indicó Octavio, pues al depositar a papá dentro de él, su cuerpo quedó apenas preciso.

En horas de la tarde se hicieron presente las hermanas de papá, que eran profesoras en municipios algo alejados. Durante la noche anterior, y mientras se presentaban las autoridades para practicar el levantamiento del cadáver, el abuelo Oliverio, el padre de mi papá, que debía estar cerca de los 60 años, pasó el tiempo alrededor de su hijo muerto en compañía de varios de sus trabajadores. Allí levantaron un toldo para protegerse y, sobre todo, para proteger el cuerpo inerte de su hijo, a quien su padre quisiera salvaguardar de cualquier daño, olvidando que ya no podía haber para su hijo algo peor.

Cuando llegaron al pueblo, daba la impresión de que estuvieran haciéndole caso al señor Rubén, porque se desviaron un poco para evitar que mi abuela Rosa Amelia se enterara de lo que le había ocurrido a su yerno. Cuando llegaron con el cuerpo a la pequeña casa, causaron una gran conmoción en todos los asistentes. Dos o tres personas fueron las encargadas de medio preparar el cuerpo y acomodarlo en el ataúd. Yo, tan pequeña como estaba, había tomado la decisión de no asomarme a aquel lugar. Aseguraba que, si veía a papá muerto, también iba a morir en ese momento, y entonces debían hacer dos velorios, algo que preferí evitar. Por eso creo que nunca pude elaborar completamente el duelo por la pérdida de mi padre.

Esa noche, recuerdo, llegaron muchas personas, y aunque no todas eran conocidas, llegaban a decir cosas como: “¿Y ésta es la

niña? ¿Y aquel es el niño? Pobrecitos. Tan niños y ya huérfanos”. Aunque esas eran cosas que las personas decían por lástima, solidaridad o cariño, a mí en realidad me lastimaban. No me gustaba que me dijeran huérfana. A mi hermanito, afortunadamente, no le molestaba nada, porque era tan niño que ni se alcanzó a enterar de los sucesos.

Ya más tarde en la noche, se presentó algo bastante extraño para mí, y fue que alcancé a presenciar cuando el abuelo, acostado, o mejor dicho tumbado en la cama, lloraba, no a sollozos sino a gritos, mientras decía:

–¡A mi hijo lo mataron por envidia y yo me voy a vengar. A mí también van a tener que matarme, y van a tener que buscarme en un canalón más feo, porque de lo contrario yo los encuentro a ellos!

Esta situación, para mi corta edad, no era normal. Yo pensaba para mis adentros: ¿por qué al abuelito no le da pena llorar como un niño, si está tan viejito?

Durante toda la noche, las personas que asistieron al velorio estuvieron muy tristes. Otro detalle que recuerdo es que, en realidad, la cama que mamá había ubicado en la sala sí estorbaba para ubicar allí el ataúd.

Sepelio

Al día siguiente, miércoles veinte de mayo, se organizó la salida para la iglesia y luego para el cementerio. La asistencia a la ceremonia y al cortejo fúnebre estuvo muy nutrida. Algún señor de la alcaldía o del concejo municipal pronunció un discurso emotivo y prolongado, elogiando la vida y las cualidades de mi padre, y lamentando el hecho de que tratara de un asesinato, a lo cual ese pueblito no estaba acostumbrado, porque éste era el primer habitante de la región muerto a manos de un desconocido que le había disparado por la espalda.

Era imposible evitar que la abuela Rosa Amelia se enterara, aunque al parecer uno de sus hijos ya se había encargado de avisarle. Como su casa estaba ubicada en la misma cuadra del cementerio, era paso obligado con el féretro. Allí aprovecharon las personas mayores de la familia para dejarla encargada del niño menor, que, como ya te dije, tenía apenas como dos años y medio.

La pobre anciana quería acompañar a su hija en aquel duro momento, pero ya que su delicado estado de salud se lo impedía, pretendía, al menos, acompañarla de corazón. Entonces se asomaba por el postigo de la ventana para verla, al tiempo que decía sus plegarias. Por eso debía alejar un poco al niño, que lloraba porque lo habían alejado de su mamá, mientras la abuela sólo quería observar la romería de personas que asistían a aquel acto tan doloroso. Entre tanto, el muchachito se pegaba a sus faldas, intentando ver también lo que ella, pero lo retiraba

porque, además de todo, no le interesaba que desde la calle los sorprendieran espiando, y el niño lloraba constantemente. El niño, claro, no alcanzaba a entender lo delicado de la situación o, mejor, no entendía para nada qué era lo que estaba ocurriendo. Es muy probable que, a esas alturas, el niño ni conociera el término muerte, y por lo tanto desconociera por completo su significado.

Aquella peregrinación llegó hasta el cementerio, donde sólo entraron algunas personas porque era necesario practicarle la necropsia al cadáver de papá, que no habían realizado antes porque el único médico del distrito, el doctor Númar Valencia, no estaba en el pueblo.

Como la persona encargada de todo lo relacionado con el sepelio era Octavio, el sobrino de mamá, también le tocó presenciar la necropsia, ese procedimiento tan triste. Esto fue algo muy desagradable para él, porque la presencié desde el momento en que el cirujano comenzó a hacer el estudio médico para determinar la causa de la muerte de ese hombre que no sólo fuera su pariente, sino también su amigo. En ese estudio primero se analiza el exterior del cadáver y luego se practica una incisión para analizar los órganos internos. Se puede uno imaginar lo conmovedor que resultó ser eso evento para Octavio, tan cercano a papá. Por lo afectado que lo vimos, no nos queda duda de que fue tanto el impacto, que al poco tiempo comenzó a presentar problemas cardiacos, aunque esto no fue suficiente para acabar con su fortaleza, pues vivió más de ochenta años prestando ayuda a todos sus parientes y allegados cuando lo necesitaron.

De esa manera concluyó el sepelio de mi padre, Delio. De ahí en adelante lo único seguro era que la familia seríamos nuestra madre y nosotros, sus pequeños hijos.



El abuelo

Los primeros días de orfandad y viudez, fueron todo lo normal que pudo ser para cualquier familia. Los vecinos se condolían, los amigos los visitaban, sus familiares aún estaban tristes. En fin, todos se solidarizaban ante un acontecimiento tan dramático e inesperado como ese. Perder a un hombre tan honrado, trabajador y responsable, no podía ser fácil para la comunidad, ni mucho menos para la familia, que se encontraba demasiado golpeada.

Como es bien fácil de entender, la única persona que estaba obligada a enfrentarse a los hechos que se presentarían a continuación, era mi señora madre, esa que recién había quedado viuda y no tenía ninguna experiencia en negocios, ni mucho menos en el manejo de una finca dedicada a la producción de panela y queso. No, esta señora no sabía de qué manera debía enfrentarse sola a la nueva vida que se le vino a presentar. Para el bien de todos, estaba su suegro, nuestro abuelo Oliverio, quien nunca olvidó que tenía unos nietos, aún muy niños e incapaces de atender aquello que su padre había conseguido con tanto trabajo y con la ilusión de lo mucho que le iba a servir a sus hijos. Claro que también estaban sus cuñados, y por supuesto sus hermanos, de manera que ni mamá, ni mucho menos nosotros, teníamos por qué preocuparnos de nada. Aparentemente, ya que lo que papá había conseguido era suficiente para enfrentar la triste vida que ahora nos tocaba empezar a vivir. El abuelo Oliverio iba con alguna frecuencia a

visitar a sus nietos y a su nuera. Ella casi ni se enteraba de su llegada, sino hasta cuando ya llevaba un buen rato jugando con los niños. Igualmente, no se daba cuenta cuando ya estaba de salida, situación que alcanzaba a preocuparla porque siempre fue muy atenta con quienes la visitaban, y en ocasiones le daba dificultad atender a su suegro de la manera que, ella consideraba, él se merecía. Mamá siempre se mostraba amable con todas las personas, pero con su suegro era obligación exceder las atenciones, porque eso era algo que había aprendido de su esposo, quien no se separó nunca de su padre, ni siendo, como era, el único hijo casado que tenía el abuelo Oliverio, y el único que le atendía todas las sugerencias y solicitudes.

Seguramente, al abuelo estas razones le habían llegado hasta su corazón, y por eso sería que, ahora que su hijo no estaba, pero sí sus nietos, menores, y su nuera desvalida, él sentía que debía estar presente para ayudarlos, y lo hizo durante un buen tiempo. Pero a este hombre, ya bastante mayor, y muy, pero muy adolorido, no se le ocurrió pensar que, insistiendo en las amenazas de buscar hasta hallar a los responsables de la muerte de su hijo, encontraría su propia muerte. Aunque se puede decir que murió en su ley, porque él siempre dijo que los asesinos debían encontrárselo a él, antes que él a ellos, y que también deberían dejarlo en un lugar más desventurado que aquel donde quedó muerto su hijo. Y así fue: el pobre anciano cayó cuando acababa de cruzar una quebrada, y estaba completamente solo.

Alguien que pasaba por el camino lo encontró y se apresuró a llevar la noticia hasta su casa, donde vivía con su esposa, una viejecita dulce y tierna que aún no terminaba de llorar la muerte de su hijo, de su primogénito, como siempre lo llamó. Como todo esto ocurrió cuando comenzaba el mes de diciembre, sus hijas

pasaban las vacaciones con ellos, y precisamente la hermana menor, Roxana, se hallaba en nuestra casa, donde su cuñada, la viuda, haciéndonos la visita. Ya iba de camino para Sabroso, su casa paterna, porque sabía que su padre viajaría al pueblo y no quería dejar solita a su madre.

Un primo de nosotros, que vivía con ellos, se apresuró a ir hasta nuestra casa para llevar la noticia, pero no alcanzó a llegar porque a unos diez minutos de la casa se encontró a Roxana, la tía, que viajaba en compañía de dos de sus sobrinos pequeños. En ese encuentro, el muchacho sólo atinó a decir:

—¡Te traigo una mala noticia!

—¡Ay! ¿Qué pasó? —preguntó ella. Y él respondió:

—¡Es que mataron al abuelo!

Con todo lo que ocurrió a continuación, las cosas, para nosotros, que apenas comenzábamos a adaptarnos a una nueva vida, se empezaron a empañar de la peor manera. Se cumplieron las exequias del abuelo, esta vez con la presencia de las personas mayores de la familia. Nosotros nos quedamos en la finca. Ahora sí, la tristeza era demasiado grande, y ahora sí que no había forma de adivinar lo que se vendría para la familia, ya tan golpeada.

A raíz del asesinato del abuelo, mi tía Roxana consiguió un traslado para el pueblo, con el fin de acompañar a su madre, que era mayor y ya quedaría sola. Fue a trabajar allí como directora general de la escuela de niñas, lo que, de algún modo, me benefició, porque empecé a estudiar a muy temprana edad, esto es, a los seis años, teniendo en cuenta que los niños empezaban a estudiar sólo cuando estaban próximos, o habían cumplido, los

ocho años de edad. En esa época no existían todavía los preescolares o kínder que hoy conocemos. También mis hermanos mayores continuaron con sus estudios en el pueblo; Antonieta, que ya iba en quinto grado, y Luchito en cuarto. Cuando entré a primero, ya sabía contar hasta cien, pero no sabía escribir. Mi madre me enseñaba a contar con granos de frijol y maíz, y luego practicaba contando los pollitos que salían piando detrás de la mamá gallina.

De niña siempre fui bastante curiosa, y se me daba por hacer experimentos muy sencillos. Un día, por ejemplo, mientras mamá preparaba el maíz para la mazamorra en la piedra de moler, me puse a jugar con la máquina que se utilizaba para hacer las arepas, y descubrí que, girando un tornillo, la chapola subía y bajaba, lo que me pareció muy llamativo y me dediqué a esa labor por mucho rato, mientras le decía a mamá:

—Ahí va ota vez ia arriba. Ea mamá, ahí va ota vez ia abajo. Ea mamá.

Fue tan admirada esta hazaña, que a la pequeña no se le olvidó nunca, y la repetía cada vez que encontraba la posibilidad de hacerlo.

Estando en primero, cuando ya había aprendido a leer y escribir —por lo menos eso creía—, en la escuela tuvimos una visita de delegados de la secretaría de educación, y cuando fueron a evaluar el resultado del aprendizaje de los niños, la profesora Coralía me eligió como una de las mejores alumnas. Cuando salí al tablero, me hicieron el siguiente dictado: escriba la *s*, y la escribí perfectamente. Luego me dijeron: escriba la *o*. También escriba la *l*. Perfecto. Escriba nuevamente la *o*. Perfecto. Tenía escrito *solo*. Luego me pidieron que leyera, y repetidamente

decía *sol*. Me preguntaron unas tres veces, y siempre repetía *sol*. Solo cuando me senté, me di cuenta del error que había cometido, pero ya no había vuelta atrás.

La familia se entretenía reuniéndose en las noches de luna llena a contar cuentos e historias vividas por ellos, o al menos conocidas por la mayoría. A mí se me quedó en la memoria una composición que había hecho mi abuelo materno, el señor Juan de la Cruz Flórez, quien era tío del poeta Julio Flórez. Había escrito unos versos, que todos conocían como las Décimas de Eugenio Carmona. Lo hizo aludiendo a un episodio ocurrido con el abuelo Oliverio, quien tuvo un altercado con un vecino, a raíz del cual se encontraron en una ladera aislada, solitaria. Dice así:

En la loma del Raicero, cerquita de Las Palomas,
Murió Eugenio Carmona, hombre valiente y sin miedo.
Él iba muy descuidado, montado en una potranca
Y al llegar a una barranca, la potranca se ha asustado
Él puso mucho cuidado y vio un individuo al pelo,
Pensó que brincando al suelo
De la muerte era librado
Y siempre le ha disparado, en la loma del Raicero.
Pensando que éste era muerto
Prontamente se le acerca, y grave herida le ha hecho
Con ésta le hiere el cuerpo, para acabar con la persona
Que, comenzando la loma, que llaman la del Raicero
Es un caso muy verdadero, cerquita de las Palomas.
Le clavó ocho puñaladas, repartidas en su cuerpo,
La cabeza se la ha abierto, casi de una pedrada
No pudiendo ni por nada, acabar con la persona
Hasta el bazo se le asoma, pues no era la hora cumplida
Y como que al séptimo día murió, Eugenio Carmona.

Lorenza le decía, “solo no debes andar,
Porque te pueden matar,
Se puede llegar el día”
Yo sufro pocos nervios y padezco de poco miedo,
Pues, ¿Quién me puede matar a mí
Que no lo mate yo primero?
Y él mismo vino a contar, a la loma del Raicero
Eugenio Carmona, hombre valiente y sin miedo.

Una vez herido el señor Carmona, Oliverio mismo lo ayudó a subir a su potranca, y el señor llegó a la vereda de Las Palmas, donde fue atendido por la señora Rosa Amelia, que más adelante sería la madre de mi mamá, quien a su vez se casaría con uno de los hijos de Oliverio.

Mi abuelo materno, entonces, como ya te dije, se sintió conmovido con la historia, e hizo lo que más le gustaba: escribir anécdotas para divertirse, y sus hijos se dedicaron a pasar los versos a toda su descendencia.

Distribución de los bienes que debían heredar los huérfanos

Tras las muertes de papá y del abuelo, la familia quedó muy desprotegida, como es de suponer, sabiendo que se desmembró con su dolorosa ausencia. También te conté que papá, a pesar de ser un campesino que no tuvo estudio, era muy precavido y había empezado a reunir algunos valores que servirían para la crianza y educación de sus hijos. Pues bien, contaba con una buena franja de tierra, una casa ya bien levantada, entable de caña y bastantes animales domésticos, bestias de arriería y ganado, además de su casita en el pueblo y algunos ahorros. Y claro que una buena parte de esos ahorros se invirtieron en los gastos funerarios, y más adelante vinieron los gastos necesarios para la manutención y educación de la familia.

Como te dije, el abuelo estuvo presente y al tanto de todo cuanto se pudiera presentar con respecto a la viuda y a sus nietos, pero ya viste que su presencia en nuestra vida no fue por mucho tiempo. ¡Claro! Es que muy cerca estaban los enemigos, temerosos de una posible, y más que justa venganza, por parte de un hombre de edad ya muy avanzada. Sólo transcurrieron seis meses desde la muerte de su hijo, cuando otra vez los asesinos le dieron muerte a este caballero, que era ya la última esperanza de protección y ayuda para familia.

Y de nuevo la pregunta que me atormenta: ¿Y dónde estaba Dios? No es posible para una mente infantil entender las razones del creador para ensañarse con su familia, y nunca pude comprender por qué fuimos nosotros los elegidos. Bien, como esta pregunta parece que se quedó sin respuesta, veamos lo que vino a ocurrir una vez faltara el abuelo, pues ya no había quién tendiera la mano auxiliadora para los desprotegidos. Aunque sería muy sensato inclinarse a creer que la protección de aquellos pequeños y de la viuda estuviera a cargo de los tíos paternos, puesto que nunca dejaron de hacer alabanzas de su hermano, las cosas no ocurrieron de ese modo. Esta fue una más de las acciones inexplicables en la vida de aquella familia, pues no hubo tal ayuda, y la familia dependió por completo de los esfuerzos desmesurados de mamá, quien no desfalleció en ningún momento en la atención a sus hijos.

¿Y los tíos? Siempre dispuestos a recibir elogios y prebendas por parte de mamá. De ella se puede decir que siempre fue justa y noble, de corazón exageradamente limpio, razón para que los allegados se aprovecharan y sacaran su tajada cada vez que podían. Uno de los hermanos del difunto, por ejemplo, no encontró un modo más adecuado para ayudar, que comprarle el trapiche que se usaba para moler la caña y producir la panela. Mirado desde un punto de vista comercial, pudo haber sido un buen negocio para la familia, aunque nunca supimos por cuánto lo negoció, o si el tío se lo terminó de pagar. Pero mirado con los ojos del alma, estaban sus sobrinos, unos niños que habían perdido a su padre, y en esas circunstancias su futuro era incierto y sombrío, y tal vez el paso más honesto que debió dar, hubiera sido ofrecer su apoyo incondicional para levantar el entable de caña que había empezado su hermano, y ayudarle a su cuñada a

que los medios de subsistencia permanecieran y crecieran, con el fin de mantener así unas buenas condiciones de vida para sus sobrinos. Pero eso no fue todo. Al morir el abuelo, que tenía una amplia comodidad económica, pues contaba con varias propiedades en el pueblo, varias fincas, mucho ganado vacuno y mular, y además dinero en efectivo, la repartición de su herencia no fue la más equitativa que se diga, pues los huérfanos se vieron notablemente despojados de la parte correspondiente.

¿En qué me baso para afirmar esto? Pues al mismo tiempo en que veíamos la prosperidad de nuestros tíos y tías paternas, nuestra familia cada día enfrentaba más y más privaciones. Vivimos una pobreza franciscana, una pobreza indescriptible. El mismo hermano de papá, el que compró el trapiche, tenía una finca cercana o en medio de dos de las propiedades del abuelo. Entonces ocurrió que, después de haber sido sepultado el anciano, y que aún no se hacía la sucesión de sus bienes, él y la tía Roxana se ocuparon de agrupar gran parte del ganado existente en las fincas de su padre, de manera que cuando viajaron los funcionarios encargados de hacer el conteo del ganado que entraría en la correspondiente repartición, no encontraron el número real de animales y estos quedaron para ser divididos entre los dos hermanos, autores de la aventura en mención. Claro que esto no es prueba fehaciente para afirmar que los tíos hubieran sacado tajada de los bienes heredados. Éste es sólo un pequeño paréntesis en la historia. Pero lo que sí lleva a hacer ese juicio es algo que no puede pasarse por alto: se trata de que, al morir el abuelo, la mitad de los bienes debían quedarle a la abuela, y así ocurrió, pero de ella todo pasó muy sutilmente a manos de la tía Roxana, que súbitamente empezó a hacerse asquerosamente rica. La propia abuela contó que, como ya

estaba muy anciana y no podía manejar sus cuentas, el banco le había exigido un albacea, y para ello Roxana designó a su esposo, que era todo un caballero. Desde entonces la abuela no volvió a tener dinero propio, y en sus últimos días estuvo prácticamente a la caridad de su hija, su yerno y sus nietos. Así murió, y no quedó de ella ni un centavo para repartir, porque, según Roxana, todo lo que tenía se había tenido que gastar en medicamentos y atención médica. Algo sumamente extraño fue que la tía quedó con un gran edificio en uno de los lugares más prestantes de la ciudad de Medellín, con una muy buena finca y al parecer mucho dinero para sus gastos.

Otro detalle que no puedo olvidar es el hecho de que, en casa de la tía, se conservara una enorme caja de seguridad que, según los testimonios de los propios tíos, había pertenecido al abuelo, pero que, según Roxana, nunca pudieron abrir porque desconocían la clave para hacerlo. Ahora me pregunto por qué no se pudo utilizar un método para destapar esa caja. Nunca se supo que pasó con ella. Aunque sí ocurrió un detalle que puede resultar bien particular, y es que una vez, en una de las casas del abuelo donde estaba guardada la inmensa caja antes de que se la llevaran para donde la tía Roxana, se presentó un incendio, y de las pocas cosas que se pudieron salvar fue aquella caja. Dijeron que por tal motivo pudo ser destapada, pero que, según la tía, sólo contenía papeles. Lo más excepcional es que años más tarde, la dichosa tía se hizo propietaria de una inmensa y lujosa vivienda, como lo acabo de mencionar ¿Sería que esos papeles encontrados allí tendrían la misma connotación que los cien papeles que le adeudaban a papá, a causa de lo cual fue asesinado? Nunca lo supimos. Solamente lo hemos supuesto, y

en realidad ya no vale la pena. Pero te dije que la historia es larga y por eso debo continuar.

Primero que todo, pienso en lo desafortunada que se pone una situación, cuando la soledad es la única compañía que encontramos. Así que mi familia se enfrentó a lo único que podía hacer: vivir. Pero no es cosa fácil, y lo pueden decir los seres que lo han perdido todo de manera inesperada, los seres que han podido sentirse seguros de tenerlo todo, o por lo menos lo básico y necesario para estar bien, y de un momento a otro reciben un castigo, y no logran entender por qué motivo les ocurre a ellos. Así le pasa a mucha gente, pero afortunadamente no se dejaron agobiar, y con muchos esfuerzos lograron sobreponerse para poder llegar a apreciar cuan hermosa puede ser la vida.

Puedo describir la soledad y el abandono como un inmenso bosque. Pero es un bosque que va perdiendo todos sus árboles y la vegetación que lo poblaban, marchito, y de él solamente va quedando el espacio. Pero claro, es un espacio vacío y en el que cualquier ser que quiera acercarse, no encontrará ni siquiera el encarecimiento del aire que lo llena. Entonces, mi infante vida trataba de encontrar un espacio adecuado para seguir en un lugar que desconocía absolutamente, porque, el que consideraba suyo, ya lo había perdido, y tal vez no encontraría otro.

La rueda Pelton en la cabaña y detalles de Sabroso

Ahora que mencioné los bienes del abuelo, no aguanto la tentación de tratar de describirte cómo era la finca donde mi abuelo producía la panela. Esta finca se llamaba La Cabaña. No lo recuerdo con mucha claridad, pero sí sé que tenía una casa amplia, parada sobre postes de madera, a unos ochenta centímetros de altura, lo que le servía de protección contra las plagas. El piso era de tablas. Desde la parte de atrás de la casa se veía una cascada que descendía de un monte frío, oscuro, semejante a la selva. El murmullo del torrente arrullaba a los moradores de la casa. No muy lejos, a un costado, se encontraba una ramada al lado de una peña, donde se erigía una enorme rueda de doce metros de diámetro, que llamaban Pelton, un aparato gigante con el que se producía energía eléctrica. La rueda giraba por la corriente de agua que venía por una acequia y le caía desde encima, y al girar producía la energía.

Además, el eje de esa rueda se aprovechaba para conectar a él la masa mayor del trapiche, y así lograr la energía necesaria para moler la caña ¿Sabes cómo es el proceso para producir la panela? Mira: de la molienda sale el jugo de la caña, el guarapo, que pasa del pozuelo del trapiche hasta la paila mayor, donde es hervido y descachazado, que es quitarle la espuma con impurezas que quedan flotando. Este es el comienzo del proceso para lograr la miel, pues luego el líquido se debe pasar al menos por cuatro

pailas más, hasta que la miel esté en su punto y pueda ser mecida, pesada y empacada. Cada paso tiene un toque de pasión, y me produce algo de nostalgia sólo pensar en el bagazo, que es la caña escurrida y al secarse se usa como combustible en el horno.

¡El horno! Calentaba las cinco pailas, y al final había una majestuosa chimenea, que era lo más espectacular y más visible en aquella construcción. La hoja seca de la caña también la usaban en el empaque de la panela donde se realizaba el oficio de la producción. Me parece que, en la época, y sobre todo en aquella región, no existía otro equipo tan sofisticado para llevar a cabo la molienda. Mi abuelo, no sé de dónde, se consiguió un diseño y montó la rueda que acabo de describir.

La Cabaña era una de las fincas que tenía mi abuelo, y más tarde fue heredada por dos de mis tíos. Ahora te cuento cómo era Sabroso, la finca donde vivían mis abuelos. Allí se quedó mi abuelita, arrullando los dolores y tristezas que le habían causado las muertes de sus tan amados seres, que eran su preciado esposo y su amadísimo hijo, a quien ella siempre llamó su primogénito, aunque no era así, pues antes de él había otros dos hijos, pero ella se había apegado tanto a Delio, que decidió nombrarlo su primogénito.

Siguiendo pues con la historia, la finca Sabroso tenía una casa muy bella, o por lo menos ante mis ojos aparecía como la mansión más bella que había visto. Aun hoy, en mis recuerdos, puedo describirla como una casa maravillosa. Había en ella cuatro corredores que formaban un rectángulo; entonces dos de ellos eran muy largos, y los otros dos, más cortos, formaban los costados del rectángulo. La casa estaba rodeada por una

chambrana de madera, que la adornaba y a la vez la protegía. Contaba con cuatro alcobas bien iluminadas y cómodas. Luego estaba la cocina, siempre bien abastecida de víveres. Según recuerdo, en esa casa nunca faltaron los víveres. Al contrario, yo siempre consideré que en ella se encontraba todo cuanto una persona necesitara. La cocina tenía un detalle que a mí me parecía espectacular, y era porque en ninguna parte yo había conocido un lavaplatos con canilla de donde salía el agua que se transportaba desde lejos, por lo menos desde algún alto retirado de la casa. La cuestión es que mi abuelo, al parecer, había encontrado la manera de jugar con el agua, y por eso allí también se ideó la forma de llevarla desde la montaña que había al frente de la casa, hasta la cocina, y de esa forma mi abuela siempre disponía de agua limpia y corriente para preparar los alimentos y lavar sus trastos.

Como ya te dije que la casa era muy hermosa, para corroborar lo dicho debo ampliar los detalles. La estancia estaba rodeada de guayabos, que siempre estaban llenos de frutas, y nosotros, cada vez que íbamos de paseo, nos deleitábamos trepándonos a esos árboles a comer las deliciosas y dulcísimas frutas, lo que nos hacía acreedores a las fuertes reprimendas de la abuelita, porque cuando ella nos llamaba a almorzar, ya nos era imposible recibir más comida. Allí también había naranjos y mandarinos, que nunca estaban desprovistos de sus maravillosos frutos. Más abajo, en uno de los costados, encontrábamos dos palos de guamas, a los que sí nos quedaba muy difícil trepar, pero Luchito, que siempre se las ingeniaba, había conseguido una vara muy larga y con ella alcanzaba los frutos.

También estaban las corralejas, donde se llevaba a cabo el ordeño de las vacas. Eran como dos los corrales, y en ellos se

distribuían las vacas y sus crías por separado. Una vez terminada la labor de ordeñar, tanto las vacas, como los terneros y el toro, se soltaban a las mangas donde retozaban y jugueteaban hasta que se llegaba la hora del encierro. Claro que cuando había vacas recién paridas, todas las tardes se las ordeñaba y a su leche se la llamaba postrera. Luego venía el encierro, que consistía en separar a los terneros de las vacas, que debían dormir en potreros separados para permitir que las vacas produjeran la leche para el día siguiente.

También había un pozuelo, que era donde se bañaba al ganado con químicos para eliminar de su cuerpo las plagas. Se encontraba ubicado al costado de uno de los corrales y medía cerca de ocho metros de largo por un metro de ancho, estaba construido de material, con un buen techo, y en su interior sólo había agua con las sustancias con las que se bañaba a los animales para que se curaran de los gusanos y las garrapatas. Lo difícil era hacer entrar al ganado en aquel charco sin que se devolvieran, y para conseguirlo, mi abuelo se ingenió la manera de hacerlo construyendo la entrada con el piso de cemento, de modo que cuando lo pisaban los animales, se iban deslizando hasta el fondo, alcanzando a bañarse por completo. El ganado tampoco tenía la opción de voltear, porque el ancho del pozuelo no se los permitía. Al final, el ganado encontraba unas escalas que les permitían la salida de allí, satisfechas por la frescura del agua y el alivio de no tener plagas en sus cuerpos.

Ah, pero uno de los atractivos más importantes de Sabroso... creo que no uno de los más importantes, puedo asegurar que se trataba del más importante, era la quebrada La Plancha. Su cauce se encontraba a unos treinta metros de la casa y la adornaba una gran cantidad de piedras enormes, lo que la hacía muy atractiva.

Allí se realizaban excursiones para deleitarse con esas aguas maravillosas, que al chocar con aquellas piedras formaban grandes espumas, y con su dulce murmullo arrullaban a los viajeros, al punto de seducirlos hasta hacerlos sentir obligados a tomar un descanso recostados en sus piedras. Cuando iban los familiares de paseo a Sabroso, siempre visitaban la quebrada para acostarse y asolearse sobre aquellas rocas. Esas piedras también servían de lavadero para la ropa, porque mi abuela estregaba en ellas los pantalones de los hombres y las cobijas. Allí se dirigían los más grandes de la finca a pescar, y lograban sacar grandes cantidades de sardinas y guachilejos, que más tarde hacían parte de la comida de los presentes.

Esta hermosa quebrada también tenía unos preciosos charcos en los que los miembros de la familia, y gente que iba de paseo, se deleitaban nadando. El más bello de todos los charcos era El Mohán, el más hondo y esplendoroso de todos los charcos de la quebrada. Se encontraba en un recodo, donde al girar formaba lo que se conocía como una olleta, en la que se hacía un remolino que salía con fuerza, y representaba un inminente peligro para todos, sobre todo para quienes no sabían nadar muy bien. Claro que para Luchito no existía tal peligro, o no le importaba mucho, y se lanzaba al charco cual experto nadador. Pero no sólo se lanzaba él, sino que forzaba al pequeño Paco a meterse al charco junto con él, y lo hacía pegado a su cuello.

Además, estaban las hermosas y extensas vegas que formaban la ribera de La Plancha, tan llanas que en ellas se podían hacer competencias de carreras, a pie o a caballo, y también se prestaban para jugar a la pelota o al juego que se eligiera. Al finalizar estas bellas llanuras, comenzaba una elevación en el camino, que conducía a un alto que se conocía como El

Cementerio, llamado así porque los habitantes de la región afirmaban que allí habían sido sepultados indios, antiguos moradores de esas tierras. Pero allí no sólo se esconderían los restos mortales de aquellos antepasados. A nosotros, los niños que paseábamos en la finca, nos agradaba ir al Cementerio porque a su alrededor encontrábamos muchísimas matas de mortiño, que nos proporcionaban unos pequeños frutos de color morado o verdoso, con un agradable sabor dulcecito. Comíamos tantos mortiños, que terminábamos con la boca y la lengua manchadas hasta la garganta por el tinte de los frutos. Yo comencé a privarme un poco de este gran placer cuando un adulto, no recuerdo quién, me aseguró que esa era la comida de las culebras, y yo, solamente por evitar estar cerca de esos horribles bichos que, como ya te he dicho, representaban mi mayor tormento, no me volví a entusiasmar con aquella diversión. Ésta era entonces la hermosura de la región, y las maravillas que vivíamos todos los integrantes de la familia, a pesar de haber perdido a los seres más importantes que la constituían.



ESCUELA MERCED...

Penurias de la infancia

Cuando mis hermanos mayores estaban cursando el bachillerato, yo terminaba la primaria en medio de las humillaciones más lamentables que pueda sufrir una misma persona. Mi querida tía Roxana, como ya lo había mencionado, era la directora de la única escuela de niñas, yo estudiaba allí y de ella me tocaba recibir calificativos en público con las siguientes palabras:

—Esta niña Nena, es la más paupérrima de todas las niñas de la escuela.

Yo ni siquiera conocía ese término, pero poco a poco fui comprendiendo su sentido. Recuerdo que cuando mis compañeritas de la escuela hicieron la primera comunión, tuvieron bonitas celebraciones, a las cuales yo no podía asistir, porque mi honorable tía no me daba permiso. Entonces opté por sentarme en la acera de la casa a observar cómo se divertían los niños. Era un sábado cualquiera, y por eso llegó el primo Bernardo de la finca, trayendo la leche que había enviado la abuela, y me dijo que la debía poner a hervir para que no se dañara. Yo me dispuse a hacerlo, pero el deseo de observar a los niños en las fiestas me llamaba a gritos, y por tanto decidí dejar la leche en la estufa y darme una asomadita a la puerta. Entre tanto, la leche hirvió y se regó toda en la estufa. Yo traté de limpiarlo todo, pero el olor se hizo imposible de ocultar. Así, cuando la tía Roxana regresó de las fiestas infantiles a las que ella sí había asistido, sintió el olor a leche derramada e hizo lo que ya se esperaba que hiciera, puesto que era lo que acostumbraba a

hacer cada vez que encontraba algo anormal. Fue así como tomó una correa y me azotó brutalmente, y en medio de los dolores y el terror quise protegerme con mi mano izquierda, y ahí me cayó la punta de la correa, para dejarme marcado el dedo anular. Esa cicatriz me acompañó durante muchos años, para recordarme lo ocurrido el día de las primeras comuniones de mis principales compañeritas de primaria. Finalmente, con el correr de los años, y por consiguiente con el estiramiento de la piel, la notoria cicatriz fue cediendo, hasta casi desaparecer, pero siempre he sostenido que las cicatrices de la piel podrán desaparecer fácilmente, mas las del alma son indelebles y permanecen a pesar de los cambios que ocurran en la vida de una persona.

Esa escena, en especial, que vuelve a mí de forma recurrente, a mi juicio representa lo que debieron haber vivido, a su modo, mi madre y cada uno de mis hermanos, y me lleva a preguntarme cómo, a pesar de los muchos sacrificios, desgracias y dolores vividos por la familia, no perdimos el norte y, como nos lo había inculcado nuestro padre, apoyado siempre por nuestra madre, nos dedicamos a lo que debíamos hacer, y eso era estudiar. Asistir a la escuela no tenía alternativa, no importaba si debíamos ir sin comer, sin útiles nuevos, sin uniformes o vestimenta para estrenar, sin darle importancia a la mejor situación de otros niños y jóvenes que acudían a la misma escuela. Lo realmente importante para mamá, con respecto a sus hijos, era que pudieran ir a la escuela, y en eso se empeñó, sin importarle los muchos esfuerzos que tuviera que hacer, ni las humillaciones que en innumerables oportunidades tuvo que aguantar, y que siempre las disimulaba para que sus hijos no se enteraran y llegaran a desanimarse.

Recuerdo que una mañana, mamá me mandó a la tienda para pedir fiada una panela. ¡Qué ironía!, dizque pedir panela fiada, cuando habíamos salido de una finca donde se cultivaba caña y se producía panela. Y por alguna razón, don Pedro, el dueño de la tienda, se negó a despachar la panela. Nunca supe lo que hizo mi pobre madre para despachar el desayuno a sus pequeños. Otro día nos visitó la noble tía. Sucede que mamá cultivaba en el solar de la casa unas matas de guineo, y al no tener mucho qué cocinar para alimentar a los pequeños, decidió hacer unos platanitos de esos y dárnoslos machacados, con sal y agua de panela. Justo en esas llegó la tía, y después de mirar por encima del hombro dijo:

–Ole, ustedes sí es que están muy pobres ¿no?

Mamá lo disimuló con una sonrisa, y la cuestión no pasó de ahí, pero el hecho quedó bien guardado en mi memoria. Con vergüenza debo reconocer que nunca fui capaz, o nunca tuve el suficiente valor de olvidar, y de esa forma llegar a perdonar los sufrimientos que nos produjeron algunas de las personas que nos rodearon en nuestra niñez. Sé que ese sentimiento no es bueno, pero para mí ha sido una necesidad recordar para intentar comprender los motivos que acompañaron a las tragedias que vivimos, sobre todo en esa época. También sé que la incapacidad de perdonar no es sana, pero finalmente se trata sólo de un sentimiento que no daña, al menos eso creo, sino que el daño ya fue hecho, y no salió precisamente de mí, sino hacia mí.

En lo que sí tengo que ser muy sincera, es en decir cuál era el mayor motivo que tenía mi tía para castigarme, aunque nunca tal como lo hacía: era que yo me le gastaba las devueltas que quedaban de los mandados que me tocaba hacer. Ah, y ahora

que me acuerdo, otro motivo era que el novio de ella acostumbraba a llevarle unos dulces extraordinarios, y que, claro, para mí eran inalcanzables. Pues entonces yo me los ingeniaba para encontrarlos y disfrutar de aquellas delicias, primero, y luego padecer esos brutales castigos.

Últimas vivencias en la finca

Para no perder el hilo de lo que llevaba, Nena quiso retomar los recuerdos de su vida en la finca después de las muertes más dolorosas que acompañaron su infancia, las de su padre y su abuelo.

—Eh, pero las mejores vivencias de toda mi vida, definitivamente, tienen todo que ver con los años de mi niñez en la finca. Ya te dije pues que teníamos una casa muy linda. Mi madre la adornaba hermosísima para la navidad, y siempre recibíamos los traídos del Niño Jesús. Iban a visitarnos los primos que vivían en Medellín o en otro municipio, como Yarumal. Recibirlos nos llenaba de placer. Toñito, un sobrino de mi papá, iba casi todos los diciembres. Una vez nos construyó un ranchito, y en él ideó la forma de hacer un horno en el que preparábamos la comida, que por lo general era con los animales que el mismo primo, y Lucho, acompañados muchas veces por trabajadores, cazaban en la finca.

Otras veces iban los sobrinos de mi mamá desde otras veredas. Lo cierto es que siempre teníamos visitas que nos acompañaban durante la época de navidad. Yo era casi la que más me beneficiaba, porque siendo tan pequeña aún, todos me cargaban y me mimaban. En las noches, cuando ya habían regresado los peones de su jornal, nos sentábamos todos en el patio que daba a la cocina, y allí los hombres tocaban guitarras y tiples, que nunca faltaron, las mujeres entonaban canciones, decían

adivanzas o contaban cuentos, mientras yo dormía acomodada en las piernas de alguien, arropada con alguna ruana.

Imagínate que todos, aunque sin proponérselo, resultábamos ayudando a sostener la economía en casa, de diversos modos. Y es que en aquellos años y en aquel aislamiento, teníamos qué ser más que recursivos aprovechando todo lo que teníamos a nuestro alcance. Por ejemplo, los utensilios que empleábamos como trastos. Aunque te confieso pues que el fin no era precisamente ayudar con la economía, sino más bien que nos deleitábamos haciéndolo. Había en la finca un palo de totumos y una enredadera de tarralíes, unos como totumos, pero muy pequeños. Entonces nosotros tomábamos esos frutos, los partíamos a la mitad y les sacábamos toda la carnosidad, de manera que nos quedaban las cocas totalmente vacías. Las poníamos a asolear, y cuando estaban secas las utilizábamos como tazas y pocillos. Ah, y a veces, antes de sacarles su carnita interna, las marcábamos con una navaja o cuchillo, y así, cuando estaban secas, nos quedaban con nuestros nombres estampados en ellas y presumíamos de una propiedad muy bonita, porque además estaba decorada con dibujos que nos ayudaban a reconocerlas. De los dibujos se encargaba Luchito, que era tremendo para el dibujo.

En la finca siempre estuvimos muy protegidos y nos divertíamos mucho, aunque de vez en cuando se presentaban incidentes que representaban algo de riesgo. A ver, te voy a mencionar al menos dos de esos incidentes: uno tiene que ver con un derrumbe que ocurrió cerca a la casa. Mi mamá acababa de levantarse muy temprano para ir a ordeñar, y de pronto escuchó un ruido muy fuerte que la sorprendió muchísimo y le provocó un susto muy horrible. Puso bastante cuidado, hasta que se dio cuenta que lo

que tronaba de ese modo era una franja de terreno que se estaba desprendiendo, y obviamente su terror empezó a aumentar, porque estaba ocurriendo muy cerca a la casa. Como ella ha sido muy devota de las ánimas y de todos los santos, corrió y agarró como pudo a sus pequeños hijos, que aún dormían, y se resguardó con ellos donde les fue posible, a la vez que se encomendaba al Todopoderoso, implorando su misericordia para todos, y diciéndole a los niños que se debían disponer a orar y a pedirle a Dios que los protegiera.

El peligro fue pasando al menos durante esa mañana, pero era muy obvio que seguía latente. A razón de ello, nuestro vecino Abelardo, cuando se enteró de lo sucedido, y recordando que mi papá creía ciegamente en las bendiciones que les otorgaba el crucifijo que mantenían en la sala, se dirigió al lugar del despeñadero para hacer una especie de conjuros e invocaciones a los santos, rogando por su protección. Bueno, ignoro cuántas cosas pudo hacer, pero en la memoria de nosotros, unos pequeños, quedó grabada la imagen de ese señor, a quien considerábamos loco, tratando de impedir que la tierra continuara derrumbándose.

El otro incidente se refiere a un hecho algo bochornoso que protagonizaron Luchito y un trabajador incondicional que vivía en la casa. Resulta que ambos eran muy amigos, y el trabajador le acolitaba a él todas las ocurrencias que se le venían a la mente, además de involucrarlo en las propias. Ellos siempre encontraban algo diferente qué inventar, y como por lo general era Luchito quien llevaba las novedades, pues Montoyita –ese era el nombre o sobrenombre del trabajador–, no se quedaba atrás. Al fin y al cabo, un hombre campesino, proveniente de una familia agorera, necesitaba lucirse con el muchacho, y por tanto se consideraba

en la obligación de enseñarle cosas novedosas que, mientras se pudiera, debían ser raras y extravagantes. Fue así como le propuso que hicieran un pacto con un muñeco que él conocía, y que podría hacerles milagros. Y a esto se dedicaron, con tan mala suerte de que el lugar elegido para hacer el altar estaba en los predios que se llevó el derrumbe, y fue muy difícil, aunque no imposible, recuperar el dichoso muñeco. Montoyita, entonces, estaba decidido a que hicieran la adoración y las demás prácticas necesarias para que obrara en su favor ese fetiche, al que ya él había erigido con canturrón, una cera extraída de los panales de abejas, que también se utilizaba como parche para las heridas y aporreones de las personas y del ganado. Aseguraba el trabajador, que gracias a sus prácticas de santería era que el derrumbe no había causado más estragos, como arrastrar con la casa, puesto que no podía llevarse el altar donde se le rendía homenaje a su muñeco.

Acontecimientos con vudú

El ritual que empezaron Montoyita, un adulto, y Luchito, un jovencito que no pasaba todavía de la adolescencia, consistía en hacer unas oraciones durante siete días consecutivos, a una hora precisa, aproximadamente a las ocho de la noche, en el lugar del altar, que había sido trasladado después del derrumbe y ahora lo tenían en un potrero que se encontraba a un costado de la casa, como a unos trescientos metros de distancia, a donde ellos se dirigían todas las noches a realizar la consabida adoración.

Mi mamá, que algo sospechaba, no dejaba de rezar permanentemente para que los santos del cielo no permitieran que aquel hombre mayor pudiera hacer caer en sus andanzas a Luchito. Cuando llegó el último día de sus actos ceremoniales, los dos santeros salieron muy puntuales a hacer su rezo. Debían preparar un círculo rodeado de velas, en la mitad del cual depositarían al padrino, que tenían ya bien elaborado. Como estaban apurados, parece ser que no alcanzaron a cubrir todos los extremos y les quedó un resquicio por donde se escapaba el aire, por lo que las peticiones que hicieron no se pudieron cumplir.

Lo que sí ocurrió, entretanto, fue que en la casa una de las brasas del rescoldo del fogón se elevó al techo, y como había un fuerte ventarrón, se comenzó a encender la cocina. Montoyita y Lucho tuvieron que regresar, porque percibieron las llamas ocasionadas por el incendio, y llegaron entonces muy apurados a buscar agua para apagar el fuego. El resto de la familia, que ya estábamos

acostados, tuvimos que levantarnos con la mayor rapidez, y mientras mamá buscaba todas las vasijas que podía, mis hermanitos y yo nos dirigíamos hasta el chorro a traer agua para tratar de apagar el incendio.

Las llamas alcanzaron a alertar a nuestros vecinos, que, aunque no vivían tan cerca, corrieron a prestarnos ayuda, llegando casi al mismo tiempo que el par de santeros. Estos, que de todas maneras se sentían culpables, utilizando una especie de mecanismo de defensa comenzaron a alegar y a echar indirectas porque, según ellos, todo se debía al descuido de las personas encargadas de la cocina. Después de este extraño y molesto incidente, Montoyita siempre acusó a mi mamá de no haber permitido que tuvieran la suerte que esperaban, porque ella no cesaba de invocar a Dios y a los santos en contra de lo que ellos querían hacer con su muñeco.

El estudio

—Cuando empecé a estudiar primero de primaria, mi hermana Antonieta cursaba el grado quinto, y mi hermano Luchito el grado cuarto. Como te conté, con seis años yo entré a primero de primaria, gracias a las influencias de mi tía, que llegó al pueblo en calidad de directora general de la escuela de niñas. El primer año transcurrió medianamente normal. Mi mamá se trasladó a vivir en la casa que teníamos en la cabecera municipal, y allí atendía a sus hijos, al mismo tiempo que nos acompañaba con las tareas escolares.

Un hecho muy importante para la familia, fue que en ese año llegó un nuevo integrante, a quien con todo el cariño llamamos Teodoro, un nombre que tiene origen griego y significa el regalo de Dios, y como es costumbre nuestra achicar los nombres, terminamos llamándolo Teo. Este niño, entonces, llegó a alegrar la vida de mamá, y años más tarde pasó a ser el soporte fundamental de toda la familia.

Los hermanitos huérfanos llevábamos una vida aparentemente tranquila, sosegada, normal. Íbamos a la escuela, teníamos amigos, jugábamos, en vacaciones nos íbamos para la finca donde nos podíamos distraer con los animales domésticos, ayudábamos en la molienda de la caña para hacer la panela, en fin, cosas que creo haberte contado ya sobre la vida en el campo, donde no queda tiempo para el aburrimiento. Esas primeras navidades las pasamos allí, en la finca. Mi mamá, muy laboriosa

y trabajadora, hacía el pesebre con adornos que teníamos por allí mismo. Usaba, obviamente, el musgo que se producía en nuestra tierra; adornaba un árbol de navidad que cortaba en nuestros predios; las luces no se acostumbraban porque allí sólo teníamos la luz de una lámpara alimentada con petróleo, y cuando podíamos con una vela de cera, de las que ella compraba bastantes y de colores para celebrar el ocho de diciembre. En cuanto a los adornos del árbol, ella colgaba papeles de diferentes colores y encendía una velita que simulara un bombillo. Los niños nos sentíamos felices con toda esta decoración. Tanto, que hasta nos atrevíamos a pedirle traídos al niño Dios, y de esta manera celebrábamos las navidades, medio olvidados de la tragedia que nos había acompañado, y que no nos abandonaría nunca, pese a que la vida continuaba a un ritmo un tanto normal.

En la escuela no todo era color de rosa, pero se avanzaba de alguna manera. De Antonieta, podría decirse que era una alumna modelo, siempre muy puntual en sus labores y muy responsable con sus compromisos escolares. Luchito, a pesar de tener una inteligencia excepcional, no dejaba de provocarle infortunios a mamá, que nunca llegaron a ser demasiado graves. Una vez, incluso, lo expulsaron del colegio, pero no por mucho tiempo, ya que el jovencito siempre obtuvo las mejores notas.

Pero, continuando con mi memorial de agravios, te cuento que gracias a mi tía Roxana, la directora de la escuela de niñas, una mujer que gozaba de gran prestigio en el pueblo y que además tenía en su bolsillo al señor cura, y en su corazón a uno de los hijos del alcalde, el joven Luchito llegó a saber lo que era la cárcel. Y la razón para ello fue que los huérfanos menores, Luchito y Nena, y especialmente el varoncito, fueron designados para recoger las aguamasas, los sobrados, en las casas y hoteles del

pueblo, para que la señorita Roxana alimentara a sus cerdos, que vendía cada mitad o fin de año, y de esa forma iba amasando su pequeña fortuna. Así pues, que los pequeños huérfanos teníamos que ir, como te acabo de contar, a las diferentes casas y hoteles a recoger las sobras. Y entonces resulta que la tía se fue a pasear un fin de semana a la finca de su señora madre, y a Luchito le pareció que ya no era preciso ir a cumplir con el encargo de la tía, avisando a donde recogíamos las aguamasas que no era necesario que lo hicieran más, porque ya su tía había vendido los cerdos. Ay, y en cuanto regresó la tía de la finca, las señoras, muy sorprendidas ellas, le preguntaron que dónde y en cuánto había negociado los animales, lo que fue razón suficiente para llamar a juicio a su sobrino, y como él no negó nada de lo sucedido, ella acudió a los métodos que consideró necesarios, que fue dirigirse a donde su suegro, el alcalde, para que hiciera apresar al joven.

Afortunadamente, hoy podemos decir que situaciones como esas no son tan comunes, digo pues yo, como en aquella época, cuando, por ejemplo, el castigo físico y cualquier clase de vejámenes eran el pan nuestro de cada día. Y es que tú ves que las personas ya de edad le cuentan a uno sobre los castigos que sufrían de niños. Hoy al menos hay medios para denunciar los abusos, se hacen valer los derechos constitucionales y las autoridades se cuidan de llegar a contravenirlos, porque fácilmente se les complica la vida, se les pone de cuadritos, como se dice.

Pero hasta mi mamá y mi abuela –su suegra y madre de mi tía–, ante tanta crueldad, coincidieron en la idea de que Dios no se queda con nada de nadie. Pues efectivamente, años más tarde, uno de los hijos del señor alcalde, escaló algunos puestos en la

política del país, y en el primer paso en el que no tuvo el mayor cuidado, fue a dar derecho a la cárcel, cosa que no debería ser motivo de alegría, pero sí siente uno como que existe algo de justicia divina, o algo así como una ley de compensación. Yo no sé.

En todo caso, la vida se le presentó al joven Luchito con muchas dificultades, como las expulsiones de diferentes colegios. Pero, sobre todo cuando ocurrieron en el pueblo, lo cierto es que la tía tuvo mucho que ver en las decisiones, pues como lo he repetido ya varias veces, ella era de gran prestigio en esa pequeña sociedad. No puedo evitar imaginar lo triste que podría haber sido para mi padre considerar que, en su ausencia, sus hijos tendrían que someterse a las dolorosas circunstancias que la vida les iría deparando, máxime cuando la mayoría de esas penurias bien nos las podría haber evitado justamente nuestra tía, su hermana, quien tanto se ufana de haber querido tanto a ese hermano sublime que Dios le había quitado.

Y a propósito de esos designios celestiales, desde muy chiquita comencé a cuestionarme el hecho de que un ser tan grandioso como él, a quien en todo momento y lugar me describían como omnipotente –me lo repetía la tía Roxana con harta frecuencia–, pues no debía equivocarse. Es decir, todo cuanto ese ser divino decidía que ocurriera, tenía que ser para la gloria del mundo, en el cual estábamos incluidos unos pequeños que habíamos perdido prematuramente a nuestro padre. Entonces, definitivamente, no podía entender por qué el omnipotente creador del universo me había arrebatado a mi padre, a causa de lo cual tuvimos que padecer tantos sufrimientos. Es que no podía ser otro el responsable de la muerte de mi padre, un ser humano excepcional, un excelente padre y sobre todo un buen católico,

según lo había dicho el mismo sacerdote que celebró sus exequias. Como me enseñaban en mi casa y en la escuela que no se movería ni una hoja sin la voluntad divina, entonces la muerte de papá tenía que obedecer a esa voluntad divina y, en consecuencia, todo lo que pudieran ocurrirle a los pequeños hijos y a la esposa del difunto, pues había sido planeado por una mente cruel, que todo lo puede.

Luchito, entonces, avanzó por la vida a pesar de haber tenido que soportar numerosas tribulaciones. Creció, se hizo un hombre fuerte y a pesar de todo aquello que te he contado sobre él, pudo salir adelante con una bella familia, y probablemente alcanzó a olvidar muchos de los sucesos desagradables que marcaron su infancia.

Mira te cuento, para que te hagas a una idea más clara acerca de él, de ese muchacho a quien muchos llamaron altanero, desjuiciado, malagradecido, en especial con aquella tía que, según ella misma, se desvivía por sus sobrinos, pero que aun así no tuvo el menor reparo, ni la más mínima compasión para echar de su casa a su sobrino, casi un niño, sin importarle cuál sería el lugar en donde encontraría refugio. Pues resulta que una tarde, la tía llegó de la escuela y lo regañó porque, como de costumbre, Luchito debía ir hasta la calle del Hoyo a recoger los baldes con las aguamasas con las que la tía Roxana alimentaba a sus marranos, pero el muchacho no lo hizo puesto que estaba muy distraído pensando y recitando en forma de monólogo, "el libro de Vargas Vila, el libro de Vargas Vila....", un libro que acababa de conocer y estaba muy concentrado recitando y repitiendo la misma frase. Esto era porque en la escuela alguien le mostró un libro de esos que en Colombia llamaban prohibidos, y entonces él se encontraba en la sala de la casa recitando lo del libro,

cuando sonaron las llaves y la cerradura, y se escuchó la voz de la tía Roxana vociferando: "el libro de Vargas Vila te lo voy a dar yo, desgraciado sinvergüenza y desobediente", y empezó la trifulca más horrible por parte de ella, queriéndole dar una pela, dizque por el asunto del libro, cuando en realidad estaba iracunda porque él no había ido por los sobrados que le recogían en las casas y le ayudaban a aumentar sus caudales económicos.

Pero la cosa fue que el muchacho no estaba dispuesto a dejarse golpear, según era costumbre de la dama, y entonces, cuando ella levantó la mano para asestarle el primer golpe, el niño hizo lo propio y se puso a la defensiva para protegerse de los golpes que ya se le venían encima. La tía alzaba su mano para comenzar a descargar su ira, y él, con sus manitos en posición de defensa al rostro, esquivaba como podía esos manotazos, y le bailoteaba cual hombre grande desafiando a otro adulto. Ya con eso, claro que la insigne directora de la escuela no podría tolerar semejante ultraje, y entonces decidió que lo mejor era echar de su casa a ese ser despreciable, a ese pequeño diablo, para que no continuara haciendo maldades y dándole mal ejemplo a sus hermanas, sobre todo porque en esa casa sólo se respiraba aire bendito, aire que el mismo Altísimo brindaba a los seres de buen corazón como ella, la tía Roxana, de manera que un niño como éste que estamos describiendo, resultaba altamente nocivo en un ambiente tan sano y devoto.

El niño fue arrojado de aquella casa a la calle como a las cinco de la tarde. ¿Para dónde? Una persona sensata, o en sus cabales, se preguntaría por el futuro inmediato de un menor en estas condiciones. Pero esa mujer, nuestra tía, al parecer carecía por completo de sensatez y omitió cualquier preocupación al respecto. Pues bien, como la familia aún contaba con la casita

que nos había quedado de mi papá, aquella en la que se había hecho su velorio, el niño fue a dar allá, y aunque estaba arrendada a unos primos mayores, al menos por esa noche encontró donde pasar la noche. Mi hermana Antonieta salió a hurtadillas de la casa de la tía para llevarle a su hermano los útiles escolares, una cobija y algo de ropa para el día siguiente, motivo por cual recibió de la tía un tremendo regaño, ya que no le fue posible ocultar completamente su hazaña. Después de esa noche, unos compañeritos de la escuela se enteraron de lo que le había ocurrido, fueron a contarle al papá que tenían un amiguito en problemas y, ¡oh sorpresa!, el señor, un extraño para nosotros, no dudó ni por un momento para recibirlo en su casa. Me he cuestionado siempre sobre la actitud de este señor, que no tenía ningún vínculo con aquel huérfano a quien habían echado de la casa, y aun así no dudó en acogerlo en la suya y en tratarlo de igual forma que a sus hijos, mientras que su tía Roxana, que se daba ínfulas de santa y además llevaba su misma sangre, sin inmutarse, siguió asistiendo a las ceremonias religiosas, escuchando fervorosamente la misa, comulgando siempre y rezando el rosario sagradamente cada noche. Todo esto me llevó a preguntarme en qué consistía, realmente, ser un buen cristiano: si en las actitudes de la tía o en el comportamiento de don Agustín Echeverri, un señor al que ni siquiera conocíamos, y que acogió en su hogar a nuestro pequeño hermano como si fuera otro de sus hijos.

Pero éste no fue el único incidente que vivimos los huérfanos en aquella casa. No. Sólo fue uno de tantos que alcanzo a recordar, y como ya lo sabes muy bien, no afectó solamente de nuestro hermanito. A mí me tocaron unas cuerizas muy fuertes y también muchas humillaciones, o por lo menos así era como me sentía

con las actuaciones de mi venerable tía. Por ejemplo, yo tenía unos amiguitos que, para la época, era algo prohibido. Me visitaban en grupo, nos veíamos a través de una ventana y los chicos hablaban cosas sin mucho sentido, pero les causaba risa y yo me se divertía viéndolos hablar y reírse. Uno de ellos era, supuestamente, mi novio, algo que debía mantenerse en absoluto secreto. También ellos le temían a mi tía, la señorita Roxana, porque era una mujer muy irritable, sobre todo con los niños, cuando temíamos que el secreto del noviazgo se deslizara y llegara a oídos de esa santidad, porque “esos muchachos eran más peligrosos que un chocolate sin hervir”, según ella siempre afirmaba. Una vez me encontré con algunos de ellos en el cementerio, que era mi lugar preferido para ir a jugar, aunque sentía miedo de los muertos, porque estaba cerca de la tumba de mi padre, a un lado de la cual se encontraba un mausoleo hermoso de una familia muy notable. La cripta estaba rodeada de piedrecitas blancas, por sobre las cuales me agradaba caminar porque sentía el roce de ellas en mis pies.

Allí comenzaron a jugar todos los niños, y yo me incorporé al juego. Ellos, niños que eran, se tiraban piedritas y se sentían muy contentos cuando alcanzaban a darle a alguno de los compañeros. Yo, claro, hacía lo mismo, y en una ocasión me alcanzó una de las piedras en la cara, cerca de un ojo, y me comenzó a salir sangre, por lo que me tuve que ir para la casa a hacerme la curación, o al menos a lavarme. Con este suceso era imposible que la tía no se enterara y, como era de esperarse, echó cantaleta y regaños hasta que más no pudo, todo por andar con esos muchachos indecentes y poco recomendables.

Ocurrió también que una vez mi mamá me confeccionó una falda short muy corta. Y yo, feliz con mi nueva vestimenta. Al fin y al

cabo era muy raro para mí estrenar algo, y más aún, que pudiera salir a lucirlo. Y bien, se llegó el día domingo y consideré que no había mejor ocasión para hacerlo, así que muy temprano, antes de ir a la misa obligatoria a la que teníamos que asistir todas las escolares, a las ocho de la mañana y con el uniforme de gala, mejor dicho, el único uniforme que usábamos todas, me puse mi short y una blusita que tenía de antes, y muy bien peinada y engalanada me fui para la iglesia a la primera misa del día, que era a las siete de la mañana. Para acabar de ajustar, me arrimé a confesarme, no tanto porque tuviera muchos pecados de qué acusarme, sino por darme una vueltecita ahora que tenía algo nuevo que vestir. En efecto, el cura alcanzó a ver que tenía algo nuevo y cuando llegué al confesionario, me preguntó:

—¿Usted está con pantaloncitos calientes? Debe salir de la iglesia, así no puede entrar aquí.

Yo, una pobre criatura que tenía escasos ocho años, salí de allí muy asustada y llegué corriendo a la casa a ponerme el uniforme para acudir a la misa de la escuela. Pero para el reverendo cura no fue suficiente con la reprimenda que me dio cuando me fui a confesar. Y no se le ocurrió un mejor momento para hacerlo sino cuando estaba haciendo la homilía, en presencia de mis compañeras de escuela, mis profesoras y también los niños de la escuela de varones y los estudiantes de bachillerato. Entonces, muy solemnemente, dijo:

—Esta mañana, entró una niña a la casa de Dios, vistiendo unos pantaloncitos calientes.

E inmediatamente se escuchó un murmullo y todos los asistentes se santiguaron y se hincaron a pedirle perdón al todopoderoso por esa injuria tan grave. Obviamente, en la ceremonia estaba la

directora de la escuela de niñas, quien no era otra que mi tía Roxana, y como también se sintió muy ofendida con la niña que había osado a cometer ese sacrilegio, más tarde, cuando se terminó la ceremonia y todos se disponían a irse para la casa, me llamó para preguntarme, o mejor para confirmar, si yo era la que había ofendido al Señor, según la denuncia pública hecha por el reverendo sacerdote. Yo no fui capaz de responder y salí corriendo para la casa.

En fin, fueron muchas las cosas a las que tuvimos que enfrentarnos, unas veces causadas por simple inocencia, y en todo caso nunca con mala intención, sino que simplemente ocurrieron de ese modo. Claro pues que todos los seres humanos tenemos que enfrentar los sinsabores que la vida nos depara. No se puede decir que siempre haya una razón específica para lo que nos ocurre. Sólo por el hecho de vivir ya nos toca pagar un costo, y a algunos nos toca un mayor precio, y a otros menor. De todas maneras, cuando se llega al mundo, dicen los que han tenido muy buen conocimiento de la vida, que ya hay una ruta trazada que cada quien debe enfrentar. Algunos tendrán esa trayectoria muy bonita, muy llamativa, y aunque no puedan visualizarla, su destino les irá abriendo las puertas para alcanzar grandes finales, los que tampoco han de haber sido contemplados con anterioridad ni plena conciencia. En cambio para otros, de todas maneras puede que sus progenitores hayan planificado cosas sublimes, pero no alcanzaron a prever todos los reveses e infortunios que la vida, traicionera, les iba a deparar, y ahí es cuando todo se derrumba. Por eso, cuando cada uno esté llegando a la edad de ser madre o padre, debería concientizarse de las posibles cosas absurdas que se puedan presentar en adelante. Es que es muy fácil entender que nunca sabremos lo

que va a ocurrirnos al minuto siguiente, y eso hace que no sea posible adivinar tampoco lo que van a vivir nuestros amados hijos.

Adolescencia del varoncito mayor

—Es que, avemaría, definitivamente todo lo que este hombrecito vivió es digno de ser contado. Te voy a mencionar alguna que otra anécdota de las que más recuerdo. Mamá siempre soñó que su hijo sería sacerdote, y lo imaginó cuando él era apenas un niño de llevar en brazos. Se formó la idea de que el pequeño iba a ser un obispo, porque llevaba su manito derecha en señal, para ella, de estar bendiciendo a las personas a su alrededor. Por esa razón, que su niño siguiera la vocación religiosa y, por qué no, llegara a ser obispo, para ella sería la mayor satisfacción de su vida. Y seguramente por esa razón fue que lo mandó a estudiar al seminario de la diócesis de Santa Rosa de Osos.

Bien, el chico llegó al seminario, y como afortunadamente era tan buen estudiante, empezó dando muy buen rendimiento académico, más no lo fue tanto en su comportamiento, y del seminario lo despidieron por un agarrón que tuvo con un compañero. Regresó entonces a su pueblo natal, y de nuevo a vivir con la tía Roxana, la magnánima, la generosa, la caritativa, la que alojaba en su casa a sus sobrinos huérfanos, mientras nosotros atendíamos los destinos domésticos y cuidábamos a sus cerdos. Los útiles que necesitábamos los compraba mi mamá en un almacén del pueblo, y además le enviaba semanalmente a su cuñada huevos, leche, queso y verduras por cantidades. Para no

quedar muy endeudada con ella, cada fin de año le obsequiaba un ternero.

Con el paso de los años, mi mamá se fue a vivir al pueblo, y nos pasamos a vivir con ella a la casita del Hoyo. La tía Roxana empezó a ampliar su casa, construyendo otra vivienda en el bajo de la edificación. Como era muy metódica y organizada, mantenía todo muy previsto y guardaba el dinero para pagarle a los oficiales y albañiles en una alacena que tenía en la cocina. Pues bien, resulta que a mí me tocaba acompañarla por las noches para que no permaneciera muy sola, y en una ocasión, cuando ya nos habíamos acostado, sentí un ruido extraño y me di cuenta de que la tía se incorporaba en la cama. Intentó encender la luz, pero nos habíamos quedado a oscuras, y por el susto que nos llevamos, ya nos fue muy difícil seguir durmiendo, o por lo menos a ella, porque a mí, que al fin y al cabo era muy niña, el sueño me vencía fácilmente. Al día siguiente encontró que le faltaban los quince pesos, la plata que tenía guardada para los trabajadores, lo que confirmaba que alguien se había entrado en la noche y había cometido el hurto. De ahí en adelante, entonces, se decidió que lo mejor sería que Luchito pasara las noches siguientes acompañando a la tía, para mayor protección. Pero ve aquí lo paradójico del asunto, porque el autor intelectual y material del robo no había sido otro que Luchito, y fue él mismo quien, años más tarde, nos contó lo sucedido esa noche.

Dado que la casa de Roxana estaba llena de materiales de construcción, las puertas no se podían cerrar con la seguridad necesaria, y por eso había acceso con facilidad a la casa del bajo, donde se alojaba Roxana. En la casa de arriba estaban los breakers, los reguladores de energía, y apagarlos o encenderlos lo podía hacer alguien que tuviera suficiente conocimiento de los

tejemanejes de la casa. Pues bien, luego de apagar la conexión eléctrica, bastaba con dirigirse a la habitación y buscar las llaves debajo de la almohada de la tía para ir a abrir la alacena y sacar el dinero. Hasta aquí todo iba perfecto, pero era preciso devolver las llaves a su puesto, y he acá la imperfección del delito, porque siempre se dice que no hay crimen perfecto: el muy bandido, al regresar y tocar de nuevo la almohada, despertó a la tía, que desafortunadamente, para ella, no alcanzó a reconocer al asaltante, puesto que la casa estaba completamente a oscuras. Él tuvo que salir muy pronto y el dinero jamás apareció, porque ya lo tenía en su bolsillo. Pero te digo que fue necesario que transcurrieran muchos años para que nos enteramos todos de cómo había ocurrido aquel robo, que nos causó tanto susto.

De nuevo Luchito, al comenzar su adolescencia, como es normal, empezó también a mirar a las niñas de su edad, y encontró a una vecinita que vivía al lado de la casa, y le pareció muy conveniente y agradable invitarla a dar un paseo por los solares de sus casas, donde no los pudiera ver nadie. Seguramente que las intenciones del muchacho no serían las mejores, a la vista de los demás, pero sí muy bien pensadas por su parte. Lo malo del plan fue que la niña le contó a su mamá, y ésta a la tía Roxana, y las dos damas se fueron para donde el rector del colegio y le exigieron que expulsara del plantel a ese muchacho tan poco deseable, que era tan mal ejemplo y compañía para los demás estudiantes. El rector, sin dudarle un segundo, de una vez les hizo caso, y Luchito terminó por fuera del colegio, mientras que mi mamá tuvo que enfrentarse a la lidia de conseguir cupo en un nuevo colegio, que obviamente debía estar ubicado en otro municipio, porque Anorí, el pequeño pueblo donde vivíamos, únicamente contaba con un establecimiento educativo. Entonces mamá, por medio

de un profesor del mismo pueblo, logró conseguirle puesto en Amalfi, que era el municipio más cercano, y se trasladó hasta allí con el muchacho, para dejarlo bien instalado. Allí cursó el tercer grado de bachillerato, pero no fue posible que continuara, porque, definitivamente, el jovencito no estaba destinado a permanecer mucho tiempo en un mismo lugar, y entonces allí también encontró una razón para rivalizar con alguien del lugar.

Ahora fue que allí se encontró con un antiguo profesor que había tenido en el seminario, que en realidad no parecía su exprofesor, sino que se había convertido más bien en su enemigo. Se trataba del padre Gallo, el profesor de castellano, y consideraba enemigo al muchacho sencillamente porque no podía vencerlo jugando al ping pong, y por eso siempre se inventaba alguna razón para ponerle la peor nota. Luchito, al fin y al cabo, como estudiante y adolescente, era muy rebelde, y quería hacer siempre lo que mejor le parecía, así que se tomó una botella de aguardiente en el parque del pueblo y se fue para la casa de los sacerdotes a buscarle problema a este enemigo que se había conseguido. Gracias al escándalo, no se le permitió continuar en la institución, y de nuevo fue expulsado, por lo que le tocó regresar a su pueblo natal, donde se dispuso a cursar los grados cuarto y quinto de bachillerato.

Y fue este hermano quien me dio a saber que existía, entre los hombres y las mujeres, unos encuentros sexuales. Se dio un día cuando un par de conejitos que teníamos en la casa se estaban apareando debajo de las tablas del piso de una pieza. Él quería estar al tanto del acontecimiento, y yo, como hermanita curiosa, también me asomé. Sin perderse el espectáculo, mi hermano me explicó que eran dos conejitos de diferente sexo que estaban haciendo algo que era muy normal, y que cuando yo fuera

mayorcita, un hombre haría lo mismo conmigo. Me pareció un poco extraño, pero decidí que sería mejor esperar a ser mayor para entenderlo.

¡Ay! te cuento otra famosa anécdota familiar de mis hermanos, Antonieta y Luchito, cuando apenas eran unos niños de tres y cuatro años. Estaban muy, pero muy niños. Como es lo normal, los niños se creían unos científicos, de manera que descubrieron que Antonieta tenía tres telitas que, según ella, le servían para orinar, y en esa misma exploración, encontraron una pequeña tirita que tenía Luchito en el mismo lugar, y que usaba para lo mismo que Antonieta usaba sus tres telitas. De manera que, como eran unos investigadores precoces, decidieron bautizar adecuadamente sus descubrimientos, así que la niña, que era la más grandecita, decidió que el hallazgo hecho en el cuerpo de Luchito se llamaría la tetana, y ya sólo faltaba darle nombre a las tres franjas de tela que tenía Antonieta. Cuando estaban dedicados a esta tarea, los sorprendió mamá y les propiciado una severa cueriza, no sin antes advertirles que estaban jugando con el cuerpo de cada uno y que éste era sagrado, por lo que no podían andar mostrándolos ni jugando con él.

Bueno, continuando con la historia de las vicisitudes y hazañas de mi hermano, transcurría 1970, y finalizando el año visitó el colegio una comisión de la secretaría de educación, que resultó quitándole la aprobación para su funcionamiento por deficiencias en sus instalaciones, por lo que las directivas del plantel se dieron a la tarea de buscarle puesto a los pocos estudiantes que tenían para el último grado de bachillerato, y acomodarlos a todos. A mi hermano le tocó irse para Caucasia, un municipio que queda al pie del río Cauca, en tierra caliente,

sobre la carretera a la costa. El cambio tuvo que haber sido muy fuerte, debido a que Anorí, en esa época, tenía una temperatura promedio de quince grados centígrados, mientras que el pueblo a donde tuvo que ir a terminar el bachillerato es cálido, con una temperatura promedio de veintiocho grados y muy, pero muy distante de Anorí.

Resulta que ese año mi hermano participó en la feria departamental de la ciencia, y como siempre había sido un estudiante brillante, ocupó el primer puesto, por lo que le otorgaron un bello trofeo que mamá exhibió con el mayor orgullo durante muchísimos años. Pero claro, el bendito muchacho, ahora convertido en todo un adolescente de dieciséis o diecisiete años, tenía qué celebrar, como todos sus compañeros, la culminación de su bachillerato, y con sus amigos del colegio se fue para un bar, donde obviamente vendían licor, y en ese entonces, o allá, como que no reparaban en que los clientes fueran, o no, menores de edad. Pues da la mala casualidad que allá también estaban otros compañeros que no gustaban mucho de Luchito, y además estaban acompañados por un profesor del colegio. No querían para nada a ese joven, llegado de un municipio lejano y que se había ganado el primer puesto en la feria de la ciencia.

El caso es que esos otros muchachos, junto con el profesor, celebraban con bastante euforia y se les dio por arrojarse harina entre ellos, y como no reparaban a donde aventar la harina, a la humanidad de Luchito le cayó su buena tanda, cosa que lo sacó de casillas, y comenzó a insultar a los que estaban en la celebración. El profesor que los acompañaba, sintiéndose con suficiente autoridad, se quitó de su cintura la correa, y la emprendió contra el irreverente joven, que le tocó volarse del

lugar. Pero tan pronto se puso a salvo de la pela, se llevó la mano a uno de sus bolsillos y en él palpó una pequeña navaja, con lo que creyó encontrar el medio justo para desquitarse de la humillación que acababa de padecer de manos del desalmado profesor. Regresó entonces al lugar donde aún departían los demás, y se abalanzó, navaja en mano, contra su agresor, propinándole tres puñaladas, y huyendo luego a toda prisa a buscar refugio. Pero era un pueblo pequeño y el herido había sido un profesor del colegio, por lo que había que echarle mano al agresor.

Lo más grave de todo era que la habitación que el muchacho ocupaba quedaba en la escuela, a un lado del cementerio. Él pensó inicialmente en esconderse allí, pero ahí mismo cayó en cuenta de que en ese lugar quedaría a boca de jarro para los policías cuando llegaran a buscarlo. Entonces se le ocurrió ocultarse en el cementerio, pensando que tal vez no se les ocurriría que ese podría ser el escondite para un joven como Luchito, puesto que era un lugar que infundía terror. ¿El cementerio en un pueblo? ¡Avenaría! Máxime porque hacía apenas una semana habían sacado un cadáver del río, y sus despojos reposaban ahí, en el camposanto. Pero aun así optó por enfrentarlo, pensando en que cualquier cosa podía ser preferible a terminar en la cárcel. Pensar en la cárcel debía ser muy duro para ese muchacho, y mucho más porque era consciente del viaje tan largo que estaba haciendo nuestra pobre madre desde su pueblo, en la misma porra, para acompañarlo a recibir su grado de bachiller, para que llegara a encontrarlo en la cárcel. Y no era que le tuviera miedo a que lo encerraran. No. Lo más terrible para él era enfrentarse a la tragedia que sería para mamá, que consideraba a su hijo un muchacho dócil, honrado, con principios

y con talento por montones, aun cuando ya ella tenía indicios de los arranques del muchacho, porque además de su rebeldía con la tía, más que justificada, se había enterado de que alguna vez intentó acabar con el individuo que asesinó a papá. Aquí hago un paréntesis, y te refiero cómo fue ese incidente. Pero me acuerdas luego para terminar con el episodio de Caucasia.

Lo de matar a Eduardo, el tipo que todos sabíamos que había acabado con la vida de papá y del abuelo, ocurrió cuando ya el muchacho se sentía lo suficientemente hombre, tenía quince años aproximadamente, como si le tocara a él cobrar esa deuda, vengarse, enfrentarse con su suerte, y lo decidió en la feria de ganados que se hacía en el pueblo, el tercer miércoles de cada dos meses. Ese día los campesinos salían al pueblo a negociar con animales y productos, y quienes no tenían qué vender, también salían al pueblo a parrandear, a emborracharse, a buscar mujeres en los burdeles de la calle arriba, como se conocía el lugar destinado a esos menesteres.

Eduardo no se quedaba atrás y, por supuesto, siempre salía a emborracharse y a dar lora por ahí con mujeres, costumbre que mi hermano Luchito conocía muy bien. Para llevar adelante su venganza, se consiguió un trabuco y planeó esperarlo en la noche del miércoles. Dicho y hecho, se ubicó en el lugar que consideró más propicio, y un rato después, cuando iba pasando y se puso a tiro, mi hermano le disparó, pero el arma no le funcionó, no se produjo la detonación o qué se yo, y no logró su cometido.

Claro que Eduardo escuchó el sonido, que debía ser muy familiar para él, y vio al joven que intentaba dispararle. Luchito se llenó de miedo y se voló corriendo de allí. Afortunadamente no funcionó el arma, porque para él, para nosotros, para todos,

habría sido una verdadera tragedia que un niño de apenas quince años fuera a dar a la cárcel, culpable de un asesinato. Y no es que le faltaran razones para hacerlo, es solamente que, si lo hubiera hecho, yo no podría decir hoy que con mi hermano se produjo un acontecimiento sublime, dado que era apenas un niño cuando le asesinaron a su padre y a su abuelo, y a pesar de todo él pudo llegar a la edad adulta sin convertirse en el peor delincuente.

Pero el suceso de esa noche sí tuvo sus consecuencias. Como ya te dije, el asesino de papá y del abuelo, Eduardo, se enteró de las intenciones del joven, entendió perfectamente que comenzaba a correr peligro, y se dedicó a esperarlo en las vacaciones para terminar con la inminente amenaza que le representaba. La suerte fue que uno de los trabajadores de la finca, Montoyita, del que ya te había hablado, se enteró también de las intenciones de aquel personaje y se lo informó a mamá, para que ella evitara el regreso del muchacho a la finca. Para reforzar las acciones de mamá, Montoyita hacía lo suyo buscando evitar que él se apareciera por la finca, diciéndole a mi hermano que ya no valía la pena ir, porque no había nada bueno para hacer, puesto que ya no había casi animales para cazar, que era la actividad favorita del muchacho. Desde esa época, entonces, mi joven hermano dejó de ir a la finca, y de esta forma creemos que se salvó de morir a manos del asesino de papá y del abuelo.

—Bueno, ahora sí continuemos con la historia de la graduación — le recordé a Nena.

—¡Ajá! Eso es, sigamos ¿Dónde iba? Ah, ya. El pobre Luchito, como cualquier ser humano, y más que todo como un joven de su edad, al amanecer sintió mucha hambre, que lo obligó a salir de su escondite. Pero necesitaba con qué pasar inadvertido en la

calle, y entonces acudió a la monja rectora del colegio y le contó todo lo que le había ocurrido la noche anterior. Ya habían llegado rumores a los oídos de la religiosa, pero cuando escuchó la versión del muchacho, tuvo la idea de enfrentarlo todo, y junto con él se dirigieron, primero a desayunar, y luego a la alcaldía para resolver su situación. Allí la rectora propuso que le rebajarían disciplina y conducta, una amonestación muy severa, a cambio de la libertad, teniendo en cuenta el viaje de la madre desde un pueblo bastante retirado, y también considerando que el muchacho se había ganado el primer puesto en la feria de la ciencia, con lo que había dejado en alto, no sólo el nombre de la institución, sino también del municipio. Así se hizo, y Luchito salió libre para recibir su diploma de bachiller.

Ya terminados sus estudios de bachillerato, regresó con mamá a Medellín, ciudad donde se alojaría hasta que el resto de la familia llegara del pueblo, porque ahora todos deberían trasladarse para allá, pues ya ella había vendido las dos casas que teníamos en Anorí. La casita más pequeña, aquella en la que habían velado a papá, la negoció mamá con una iglesia cristiana, creo que los pentecostales, hecho que le costó un tremendo llamado de atención en el púlpito, por parte del reverendo padre Alfredo Zea. El sacerdote no estaba interesado en perder feligreses y mucho menos en tener que dar cabida a miembros de otras religiones. Creo que tenía una gran inseguridad respecto a su propia religión, o más bien sería que, con la entrada de otros cultos, él sentía amenaza en la recolección de sus ingresos, que podrían disminuir notoriamente. Lo cierto del caso es que mamá soportó las injurias y amenazas del religioso, porque para ella lo más importante era tener congregada a su familia, y ya sabemos que su hijo mayor no podía regresar al pueblo, porque se

expondrían a una nueva desgracia, que había que evitar a como diera lugar.

De manera pues que iniciamos una nueva vida, ahora en la ciudad de Medellín, y con todo el ánimo y empuje que se puede esperar de los paisas, sobre todo de los que tienen origen campesino.

Los hermanos

–Como sabes, fuimos varios hermanos. Al momento de morir papá, quedamos cuatro hermanos, y más adelante nació otro niño que, como te dije, se convirtió en un salvador para todos. Cuando apenas se gestaba en el vientre de mi mamá, la tía Roxana estuvo a punto de colapsar, porque en su familia se presentaba un hecho inaceptable. Ella, que en apariencia era toda una santa, era incapaz de aceptar que su cuñada, sin un esposo, estuviera embarazada, por lo que, al enterarse, santiguándose increpaba a mi mamá:

–¡Maité, decime que es mentira! –refiriéndose a su embarazo.

Pero, claro, obviamente mamá no estaba dispuesta a negar que esperaba un nuevo hijo. Los hermanos éramos, mi hermana mayor, Antonieta, luego Luchito, después Filomena, o sea yo, Nena, como me conocen todos, luego Paco, y finalmente Teo.

El bebé, entonces, nació a mediados del año 66, y tal como lo anunció más tarde Antonieta, vino a llenar el vacío que había quedado desde que murió mi padre. La niña aseguraba que el bebé era una especie de reencarnación de papá, y tenía la misión de acompañar a mamá y proteger a sus hermanos. Pues resulta que la predicción de la niña, Antonieta, terminó siendo más que cierta, porque ese niño, en efecto, se convirtió en el escudo protector de todos. Lo bautizaron, como ya te había dicho, Timoteo, pero siempre lo llamamos Teo o Tito, y en efecto fue el insigne protector. Pero aquí vienen otra vez las actuaciones de la tía Roxana. Ella, durante la niñez de Tito, lo miraba con cierto

encono, como si el niño fuera culpable de algo inexplicable, pero cuando creció y se convirtió en un notable estudiante, que más adelante se hizo acreedor a becas para salir adelante con sus estudios, poco le faltó a ella para hacerle venias y genuflexiones, pero él siempre estuvo a la altura de su educación y cultura, y por tanto la ilustre tía pasó inadvertida para él.

De la niñez y adolescencia de Luchito ya te he contado gran parte. Un tiempo después, ya viviendo en Medellín, entró a la universidad y luego se casó. Cuando nació su primera hija, tuvo la oportunidad de irse a trabajar a un país vecino, a donde se radicó con su esposa y su hija, y allí nacieron posteriormente sus otras tres hijas. Años más tarde disolvió su matrimonio y se organizó con otra mujer, de cuya unión nació un niño varoncito y vive también en ese mismo país con sus padres. De él ya no tengo mucho que agregar, porque en la historia de su adolescencia se contó la parte más importante de su vida.

Sucesos acontecidos a Antonieta

—De Antonieta te puedo decir que fue una niña inteligente, noble y estudiosa, como era de esperarse por el deseo de nuestros padres, y en especial por la dedicación de nuestra madre. Un episodio que hizo historia en la tradición familiar fue que, estando muy niña, antes de morir papá, llegaron de visita a la finca unos vecinos, Rafael y Virgelina, que solían frecuentar nuestra casa. La señora pidió permiso para llevarse a la niña, que tendría unos siete u ocho añitos, y de alguna manera la convenció para que se quedara en su casa. Luego le hizo saber a mis padres que la pequeña debía permanecer con ellos por mandato de la virgen, que en su casa la protegerían y para hacerlo debían alimentarla con panecillos de San Nicolás, que eran unos pequeños panes de harina, sin más aliños, tan pequeñitos que la niña no los percibía en su mano, pero doña Virgelina insistía en que eran panecillos de verdad, y que la alimentarían por siempre. La intermediaria ante la virgen con sus peticiones y mandatos era Myriam, la hija mayor de la pareja.

Así que a mi papá le tocó ir a la humilde casa para reclamar a su pequeña hija, pero le negaron el derecho, y por más que insistió no le fue posible. Llegaron incluso a un tira y afloje en el que cada uno, tomando a la niña de un brazo, halaban de ella con fuerza, olvidando casi que se trataba de una pequeña niña. Finalmente, mi papá cayó en cuenta de que ese no era el camino a seguir, y regresó a casa entendiendo que aquellas personas no estaban en sus cabales, especialmente la señora. Por tanto, con la fe y la

seguridad de encontrar sustento y asistencia en el santísimo, se llevó un crucifijo que mantenía expuesto en casa, se fue de nuevo para la casa en la que mantenían retenida a su niña, y trató de negociar con ellos. Como no le fue posible, le tocó llevarse a su hija por la fuerza, la niña se sintió protegida en brazos de su padre y pudo retornar a casa al lado de su madre y hermanitos.

Cuando Antonieta entró a estudiar, mi papá la dejó al cuidado de una familia, donde una señora llamada Celia. Mi papá, por supuesto, pagaba por los cuidados que, suponía él, le brindaban a su hija. Pero resulta que no era así. Los miembros de aquella familia le dieron un trato por completo mezquino, pues a la niña no se le permitía entrar a comer a la cocina en compañía de las demás personas, le destinaron plato y cuchara separados, y también le destinaron por cama una estera que le ponían en el piso, con poca cobija. Como hacía mucho frío, y ella era apenas una niña, durante la noche sentía ganas de orinar, pero como no le permitían salir, se tenía que orinar acostada y al día siguiente no le permitían cambiarse su ropa interior y tenía que ir a la escuela así con la ropa mojada y oliendo a orines. Ella jamás quiso decirle nada a papá sobre los abusos de los que fue víctima en esa casa, porque quería evitar que él sufriera. Pero una tarde sucedió que, cuando ella llegó de la escuela, no había nadie en la casa y la puerta estaba cerrada, por lo que la niña tuvo que permanecer sentada en la acera por varias horas. Como su abuela materna vivía en la cuadra siguiente, se le ocurrió irse para donde ella y decirle a su mamita, muy enfáticamente, que ella no iba a volver donde Celia.

La abuela, en medio de sus inmensas dificultades económicas, le preparó comida a la niña y gustosa la albergó en su humilde casa. Cuando Celia y sus hijos regresaron, fueron a buscarla a la casa

donde era más factible encontrarla, pero la niña continuó empeñada en que a esa casa no iba a volver, sin atreverse a explicar sus razones.

En la escuela contó con la fortuna de tener a la mejor profesora, Dolly Parra, a quien la niña profesaba un cariño muy grande, y se fue a vivir a su casa, al menos por unos días, hasta que papá la trasladó a una casa y a otra, y después la llevó a un internado, donde terminó el primer grado. Luego, por fortuna, vino a vivir con mamá, quien se instaló en el pueblo como había sido el deseo de papá, para que estuviera con los hijos mientras ellos estudiaban.

Recuerdo además que, de niña, contaba con una memoria excepcional, excelente, una memoria fotográfica, pero una vez iba de la finca hacia el pueblo en compañía del abuelo, cuando, de un momento a otro, perdió el sentido, y no supo cómo apareció por el lado de la barriga del caballo. Desde ese momento, su capacidad especial de memoria desapareció por completo, asegurando ella misma que fue por obra de visitantes extraterrestres, que llegaron y se le robaron la memoria.

Seguro que, respecto a su vida, hay muchas cosas interesantes por contar, pero no me animo a hacerlo en este momento.

Paco

—Paco, mi otro hermano, de niño tuvo una experiencia que recuerdo mucho. Ocurrió cuando tenía apenas unos mesecitos. El niño estaba gateando por la casa, mientras mamá buscaba la ternera de una vaca recién parida para el ordeño. El bebé estaba en el corredor, cuando apareció la vaca arrasando con lo que había en su camino, y justo le tocó al pequeño recibir una cornada en la boquita, y de puro milagro sólo le alcanzó a desajustar un diente que apenas le estaba despuntando. El niño, adolorido y aterrado, empezó a berrear desconsoladamente, mientras mi mamá corrió a auxiliarlo, pero ya él había recibido su buen totazo, que por fortuna no pasó a mayores. Mamá lo cargó y lo mimó como pudo, hasta que llegó mi papá, que de inmediato, muy sorprendido, le preguntó por qué estaba llorosa. En cuanto le contó lo sucedido, él tomó un guante de cirugía, se lo puso y le acomodó el dientecito al niño. De milagro, como te dije, ese incidente no produjo otras consecuencias qué lamentar.

Ya siendo algo mayor, aunque todavía muy niño —calculo que tendría seis o siete años—, nuestro muy mencionado hermano Luchito, a quien no se le escapaba nadie para involucrarlo en sus fechorías, le dijo a Paco que se ganaría una moneda si era capaz de pedírselo a Rosángela, una vecinita de nosotros, más o menos de la edad de Antonieta. Por supuesto que el niño desconocía completamente el sentido de su misión, y efectivamente se lo pidió a ella con la mayor naturalidad. La niña lo ignoró, aparentemente, pero corrió donde mamá a ponerle la queja.

Pues mi inocente madre ha llamado al niño para aclarar lo que había ocurrido con Rosángela, y Paco no pudo menos que decir la mera verdad, por lo que Luchito recibió una muy merecida muenda. Pero Paco no se quedó atrás, porque nuestro hermano, en venganza, le propinó una tremenda patada que lo puso a llorar, según él, por sapo. Ahora Paco tiene un arte muy hermoso, es carpintero, y con ese oficio pudo levantar a su familia. Ah, no lo había mencionado: se casó con una gran mujer, muy emprendedora, juiciosa, buena mamá, y sobre todo excelente esposa. Tienen tres hijos incomparables, de esos que cualquier familia estaría dichosa de tener.

De Paco tengo otra anécdota que siempre saco a relucir. Lo que pasa es que el cagón era demasiado inquieto. Le gustaba molestar a todos. Especialmente a mí no me dejaba tranquila por nada, y como yo también lo incomodaba con mi mal genio, pues no paraba de molestarme y yo siempre le decía:

—¡Bobo... usted es un bobo!

Ah, y pues sería de tanto decírselo, que mi hermano en algún momento se sintió tan mal con el insulto, que una vez le preguntó a mi mamá:

—Mamá, dígame la verdad, ¿yo soy bobo?

Esta pregunta me obligó a no volverle a decir así, pero sí a reírme cada que me acuerdo del caso.

Tito

–Tito fue el menor, y de él ya te he contado algo. De niño tuvo un problema de salud que le impidió comenzar a estudiar a la edad acostumbrada, así como empezamos nosotros. Es decir, sí comenzó a estudiar como normalmente lo hicimos sus hermanos, pero le dio una infección renal y hubo que llevarlo al hospital. Entonces, debido a la hospitalización y la convalecencia, entre mi mamá y Ernestina, su profesora, haciendo caso a las recomendaciones del médico, decidieron que lo mejor era cancelarle el año. Ya para el siguiente año fue que nos trasladamos a la ciudad, a Medellín, y entonces comenzó su primaria en una escuelita del barrio Zamora, para luego pasar a la escuela de Fe y Alegría, en el barrio Popular, de donde se hizo expulsar porque tuvo un altercado con una compañerita, y para desquitarse de ella le vació en la maleta un frasco con ácido sulfúrico que llevó, y que teníamos en la casa porque Luchito había trabajado en un laboratorio químico.

Por la expulsión ya había qué buscarle puesto en otro colegio, y como yo estaba alfabetizando en la escuela Paulo VI, cerca de la casa, me enteré de que el rector era paisano nuestro, también de Anorí. ¡Ah! y con mucha confianza me acerqué donde él y le solicité puesto para mi hermanito menor. Por supuesto que este señor me dio el cupo, y Tito entró a estudiar allí.

Y este jovencito se convirtió en un estudiante modelo. De esa escuela pasó al colegio La Candelaria, en Santo Domingo Savio, y de ahí, derechito a la Universidad de Antioquia, donde estudió su

pregrado y su maestría, y más adelante se convirtió en doctor de las ciencias numéricas, pues ya como magister aplicó para una beca y se fue al exterior, a un país del norte, a hacer su doctorado, y luego de culminarlo se quedó trabajando, y allí vive con su familia, que son su esposa y su hijo.

Como ya te había dicho, este hermano ha sido el protector de la familia, pues aun habiéndose ido a vivir al exterior, nunca dejó de estar al tanto de todos, siempre a la expectativa de cuanto se presentara. De modo que con él hemos contado en todo momento, porque este hijo, hermano y tío, está pendiente de cualquier conflicto o dificultad que se presente en su familia, y no cesa de decirnos que lo más importante que se tiene en la vida es la familia, y que por ella es preciso hacer cuanto sea necesario.

De él con mi mamá, recuerdo otra anécdota que ocurrió cuando aún estaba muy niño. Solitos en la finca, una vez que le estaba dando el almuerzo, mi mamá se dio cuenta de que el niño, de unos tres años, a pesar de ser muy inteligente aún comía con su boquita abierta, porque ella no le había enseñado todavía los buenos modales. Entonces, pensando en voz alta, ella dijo que tenía que enseñarle a comer con la boca cerrada, y claro, cuando le fue a dar la siguiente cucharada, el niño ya no abrió la boca, en prueba de querer aprender a comer con la boca cerrada. Obvio que se convirtió en un joven de buen comportamiento en su vida familiar y social.

También me acuerdo de otra vez cuando, también solitos en la finca, mi mamá estaba barriendo la casa y el niño detrás, como ayudante. De pronto mi mamá escuchó que el niño la llamaba, queriendo mostrarle algo. Cuando ella volteó a mirar, lo vio con una especie de tira en su mano. ¡Cuán inmenso sería el susto de

mamá al darse cuenta de que no era ninguna tira lo que el niño le mostraba, sino que se trataba de una culebra que él había encontrado en el nido de la perra! Ahí mismo corrió a decirle que la soltara, y luego ella misma a matar ese bicho. Esto es para que conozcas un incidente más, que contribuye a que yo deteste a esos animales. Si es que hasta contándote se me eriza la piel. Y eso que me falta mencionarte algo más, que también hace referencia a lo mismo. Pero más adelante te cuento.

Juanita

–En la familia también tenemos una hermanita de crianza, que creció a nuestro lado y siempre hemos considerado parte de nosotros, como otro miembro. Se trata de Juanita. Para que conozcas con más detalle su historia, te hablaré primero de su señora madre, la mamá biológica. Fidelia, así se llamaba, era una muchacha de origen indígena, que perdió a sus padres siendo una niña, y por este motivo una señora, doña Soledad, la acogió en su familia y la dejó con ellos. Fidelia se encargaba de los quehaceres domésticos y le servía de compañía a los hijos de la señora, que era maestra rural. Pues bien, nuestra querida Fidelia fue haciéndose adolescente a la par que el hijo mayor de la profesora, y por mantenerse siempre juntos ocurrió lo más normal en los jóvenes que apenas comienzan a sentir el despertar de sus hormonas, y ella quedó en estado de embarazo. De esa relación nació un pequeño niño, que fue bautizado con el nombre de Adán, que según la biblia fue creado por Dios con barro de la tierra. Este pequeño creció con sus abuelos y sus tíos, pero siempre se consideró que era el hijo menor de aquella maestra, y que sus tíos eran sus hermanos. En cuanto a Fidelia, desapareció por mucho tiempo. Estuvo ayudando en nuestra casa, siendo ya viuda mi mamá y viviendo en la finca con sus cinco hijos. Como Fidelia solía encontrar pleito con los pequeños, un día también decidió irse de la casa, no sabíamos para dónde.

Después de un tiempo, nos enteramos de que Fidelia estaba alojada la escuela de La Trinidad, que era la vereda más cercana

a la finca, y que estaba esperando otro bebé. Fue por eso que Antonieta, mi hermana mayor, decidió ir a visitarla y le propuso que viniera nuevamente a vivir con nosotros a la finca. Fue así como la pequeña niña que Fidelia esperaba nació al calor de nuestra familia. Recibió por nombre Juanita y su madrina de bautismo fue Antonieta. Cuando mamá fue a la notaría para registrar el nacimiento de la pequeña, la señora notaria le dijo que lo más prudente sería dejar en blanco el espacio para el nombre del papá, porque podía ocurrir que más adelante se supiera de él, ya que hasta el momento no sabíamos de quién podría tratarse.

Fidelia guardaba el mayor hermetismo al respecto, y ni siquiera Antonieta, que era tan cercana a ella y siempre fue experta en sacar las verdades de los lugares más recónditos, había podido llegar a conocer aquel sagrado secreto. Lo único que pudo sacar en claro fue que había sido un tipo que accedió a ella por la fuerza, que ella se defendió con las uñas y los dientes, pero como se encontraba sola en la escuela porque la profesora había salido para el pueblo, el individuo aquel pudo salirse con las suyas.

Fue necesario que transcurriera cerca de un año después del nacimiento de aquella pequeña, para que un niño de unos siete años llegara a nuestra casa con el ánimo de visitar a la pequeña bebé. El hecho se nos hizo muy extraño. No podíamos entender por qué ese niño podía interesarse tanto por una bebé que nada tenía que ver con él. Al preguntarle al muchachito, nos contó con la mayor naturalidad que él quería ir a ver a la pequeña nena porque era su hermanita, según le había dicho el papá. De ahí conocimos quién había sido el progenitor de la pequeña, y Fidelia, después de mucho insistirle, nos confirmó que era ese señor. Por lo que te he contado de Fidelia, se puede uno imaginar

que ella era como medio nómada, y para acabar de ajustar, sabiéndose ya quién era el papá de Juanita –un hombre a quien ella obviamente parecía no querer–, pues muy pronto decidió irse, pero esta vez no abandonó a su recién parida criatura como lo había hecho con su primer hijo. No, ahora partió con su pequeña en brazos.

Muy pronto, y después de la graduación de Luchito como bachiller, mamá resolvió desplazarse a la ciudad con sus cinco hijos. De Fidelia y Juanita no volvimos a saber nada hasta cuando, unos cinco años más tarde, una vecina del pueblo nos escribió pidiéndonos que fuéramos a rescatar a la pequeña Juanita, porque su mamá padecía trastornos mentales, se había apropiado del parque del pueblo con la pequeña y no permitía que nadie se acercara a ella para brindarle ayuda, por lo cual esta vecina consideraba que la niña estaba en alto riesgo. Fue así como mamá decidió que yo, siendo apenas una menor de dieciséis años, me fuera para el pueblo a ver qué podía hacer en favor de la pobre Juanita, y así fue. Llegué al pueblo, donde aún me conocía mucha gente, y me dirigí a casa de Oliva, la señora que nos había contado sobre la situación de la niña. Allí pude reunirme con la pequeña y proponerle que se viniera a la ciudad en mi compañía.

Pero claro, ¡cómo imaginar lo contrario! Se trataba de una niña de tan solo seis o siete años, muy maltratada por la ignorancia y la locura de la mamá, y sobre todo que jamás habría podido imaginar la posibilidad de ir a vivir a la ciudad, a Medellín. Obviamente, de inmediato aceptó y se puso a mi completa disposición. Así, al siguiente día madrugamos y nos fuimos para nuestra casa en la gran ciudad. Las personas que viajaban en el bus, sabían de qué se trataba, pero a nadie se le ocurrió intentar

siquiera impedir ese rapto –que en realidad era el rescate de una niña condenada a llevar una mala vida al lado de una madre completamente enajenada–, de tal manera que pude llegar a la ciudad con la niña y ella, simplemente, siguió haciendo parte de nuestra familia, fue a la escuela, aprendió las lecciones básicas y años después conoció al hombre que sería el dueño de su vida y el padre de sus hijos. Este matrimonio aún persiste y conformaron una bella familia, que vino a ampliar la nuestra, porque los cinco que la conforman son también un pequeño puñado de la nuestra.

Y bueno, los pequeños no nos quedamos tan pequeños, nos hicimos mayores y fuimos formando nuestros hogares. Cada uno nos dedicamos a actividades diferentes, y salimos adelante con pocos o muchos inconvenientes, como es normal en la vida de cualquier persona. Pero lo más importante es que, a pesar de las humillaciones y privaciones a las que nos enfrentamos, la vida también nos brindó satisfacciones que compensaron aquellos amargos momentos.

La mascota

–Como en la mayoría de las familias, y más en las campesinas, no podían faltar las mascotas, y sobre todo en una finca, donde siempre eran varias. Ya te hablé del Doctor y la Diploma, pero la más importante, definitivamente, era la Retumba, una perrita criolla que, como casi todos los canes, era demasiado fiel y servicial. Pues bien, Retumba acompañó a la familia durante años y también tuvo varias crías. La perrita acompañó a la familia desde que mis papás estaban recién casados. Cuenta mamá que a mi papá le gustaba ponerse a jugar con amigos, entre ellos un sobrino de ella, hermano de quien fuera su asesino, y la perra jugueteaba con ellos intentando separarlos. Más tarde, cuando Luchito iba creciendo, su compañía favorita era Retumba. Con ella se iba a cazar conejos, o cuando lo mandaban a traer leña, o a cortar caña, en fin, a cualquier oficio que se le encomendara al muchacho, siempre quería ir con ella. Algo que se me viene a la mente solamente ahora, y tal vez porque no me gusta casi recordarlo, es que una vez mamá se fue a buscar unos cogollos de paja para hacer escobas, se llevó al niño Luchito para que le ayudara y claro que Retumba se fue con ellos, porque era la perra de la casa. Iban por La Trinidad, por un lugar conocido como Las Palomas, cuando de pronto escucharon que la perra, que iba adelante, comenzó a ladrar enfurecida. Entonces se fueron poniendo atención a ver qué ocurría, porque era algo raro. Al llegar, vieron que le ladraba a un enorme verrugoso, que se levantaba amenazante a lanzarse sobre ella.

Mi mamá, con toda razón, se puso muy nerviosa y mandó al niño a que fuera rápido a la casa a avisarle a Guillermo, un sobrino suyo, para que fuera urgentemente con la escopeta a matar al animal ése. Pues bien, el muchacho corrió a toda la velocidad que pudo, le contó al primo en las que estaba la mamá y le dijo que lo necesitaba con la escopeta. Guillermo también salió volado, llegó hasta el lugar donde lo esperaba mamá, juntos pudieron darle muerte a ese animal tan pavoroso y regresaron a la casa. Desde ahí fue que empezamos a considerar a la Retumba como una heroína, porque gracias al coraje de la perrita fue que pudieron darse cuenta del peligro y acabar con la culebra, que en la región era el animal más temido.

Toma guerrillera en el pueblo

—Nena, me parecen historias muy bellas las que me has contado sobre tu familia, pero no te incluiste en ellos. Cuéntame algo tuyo. Por ejemplo, de qué manera en tu vida actual han tenido incidencia los sucesos que ocurrieron en tu infancia. Mucho te deben haber marcado todas esas vivencias. ¿Qué otros acontecimientos de importancia ha habido en tu vida? Ya que hace tanto tiempo que no hablamos, aprovechemos esta noche para que me pongas al día de todo cuanto se pueda.

—¿De mí? Mmm... sabes que poco me gusta hablar. Siempre es más fácil contar las historias de los otros que las de uno mismo — el silencio es prolongado, lo que indica, efectivamente, que no le gusta ser protagonista de sus evocaciones, y que esas vivencias dolorosas sí la han marcado bastante—. A ver... está bien. Tomémonos un buen trago de café, porque creo que este cuento se va a alargar.

Mi mamá tuvo que vender El Porvenir, la finca, después de entender que Luchito no podría regresar, como ya te lo conté hace rato. Una vez radicados en el pueblo, con Luchito estudiando en Cauca, Antonieta trabajando en Medellín y los menores estudiando en Anorí, fuimos testigos presenciales de un terrible suceso, de esos que aún se viven en el país.

—Uy, me asustas con tus palabras. Cuéntame de qué se trató el asunto.

–Todo ocurrió a raíz de la violencia que vive el país por el conflicto entre el gobierno y los grupos de rebeldes que se van formando en la sociedad. Bien, mi pueblo no podía quedarse por fuera de esa problemática que, al parecer, cada país está destinado a vivir. Me imagino que la geografía de Anorí, por ser una pequeña población más bien embotellada, sin mucho acceso desde otros municipios, era como el lugar perfecto para que ocurriera la historia que te voy a contar.

–Pues espero que la historia que viene sea tan interesante como todo lo que me has dicho hasta el momento. De modo que adelante.

–Sí, me parece que es muy interesante y tiene, además de todo, un tinte político. Ya vas a ver.

Recuerdo que era un día común y corriente, estábamos desayunando y alistándonos para ir al colegio. De un momento a otro, vimos que, por la manga de Rosita, que bordeaba la cima de la montaña y podíamos divisar desde nuestra casa, caminaban hacia el pueblo varios hombres, al parecer uniformados y con absoluta seguridad desconocidos. El asunto no dejó de causar extrañeza a los habitantes del pueblo, que hasta ese momento era relativamente tranquilo. Pues resulta que esta aparición definitivamente fue el comienzo del fin. La tranquilidad de aquel alejado pueblito comenzó a desvanecerse.

¿Cómo era la vida en Anorí en aquella época? En Antioquia, la gente tiene fama de ser laboriosa, trabajadora. En Anorí, los campesinos usualmente salían desde las veredas al pueblo a vender sus productos, a comprar víveres, y algunos hombres aprovechaban para tomarse unos tragos –aunque a algunos muchas veces se les iba la mano–, o a echarse una cana con

alguna mujer de la calle arriba. No faltaban los maldadosos que, sólo por fastidiar, si tenían oportunidad se robaban una gallina, se volaban sin pagar una cuenta o se las tiraban de bravos poniéndole problema a otro campesino o a la policía, peleando a machete hasta resultar heridos, muertos o encarcelados. Y no faltaba uno que otro chismecito porque, como dicen, pueblo pequeño, infierno grande. O también ocurría que algún funcionario deshonesto gastara fondos de la administración en asuntos personales. Esas eran las novedades. Pero un poco después de la aparición de aquellos extraños, la violencia que se empezó a vivir fue haciendo conocer a Anorí en toda la nación y hasta en otros países.

Bueno, aunque ya todo el mundo sabía o habían visto a esa gente andando por ahí, los hechos más graves ocurrieron a partir de una ocupación a la fuerza o toma del pueblo, que hizo la guerrilla del Ejército de Liberación Nacional el siete de agosto de 1973. A razón de esa toma, el gobierno respondió con la llamada Operación Anorí, que fue llevada a cabo por la quinta brigada del ejército de Colombia. Esa operación dejó un parte de victoria para el gobierno del presidente Misael Pastrana Borrero. Recuerdo que mediante esa operación buscaban a tres hermanos, jefes de esa guerrilla. Claro que yo era apenas una niña que no tenía conocimiento de ningún asunto político. Sólo escuchaba comentarios callejeros, y fue así como supe que se trataba de la búsqueda de Fabio, Antonio y Manuel Vásquez Castaño. Leí en la revista Cromos que los tres eran de Medellín, del barrio Castilla, y supe también que el gobierno había ofrecido una recompensa de un millón de pesos a quien les diera muerte. A mí me llamó mucho la atención el hecho de que le fueran a pagar a una persona por matar a otra, aunque por los

comentarios que escuchaba en las calles, yo a veces pensaba que no se trataba de gente, sino más bien seres imaginarios. Ahora me aterro de la cacería que se les montó y sobre todo de la gran fiesta que se hizo cuando finalmente mataron a dos de esos hermanos. Los soldados llevaron una grabación que pusieron en la plaza del pueblo, y como yo era una niña algo callejera, alcancé a escuchar la cinta, en la que los soldados decían “ahí está, dispáren, dispáren, ése como que no quiere morirse...”. También recuerdo que me impresionó mucho cuando personalidades como el alcalde y el cura, se reían muy complacidos porque habían matado a “ese par de hijueputas”, como se referían a ellos. Creo que me asusté tanto porque, de algún modo, encontraba cierta analogía entre este hecho y la muerte de papá.

También recuerdo con mucha claridad cómo el pueblo se llenó de soldados y, por primera vez, hubo helicópteros aterrizando en Los Ángeles. Las niñas más grandecitas se fueron entusiasmando con los jóvenes militares, a quienes nunca habían visto, que eran completamente forasteros. De todo ese entusiasmo, meses después comenzaron a nacer bebés, ya que los soldados también se entusiasmaron con las jovencitas, y comenzó la procreación.

Luego de una breve pausa, Nena continuó:

—Bueno, continuando con mi historia, ¡que tanto te interesa, querida!, cuando mi hermano mayor terminó el bachillerato, decidimos venirnos para la capital, donde pudiéramos estar todos de nuevo juntos. Salimos del pueblo y comenzamos una nueva vida en la ciudad. Nos fuimos a vivir a una casa muy linda, en un barrio muy humilde, y Antonieta era la que se encargaba de cubrir la mayoría de los gastos del hogar. Claro que mi madre nunca dejó de trabajar. Cuando no lo hacía con su maquinita

manual de coser, lo hacía en un restaurante de la ciudad o en casas de familia. En fin, no se quedaba quieta, trabajaba continuamente y nosotros estudiábamos. Yo ingresé a un colegio cercano para cursar los grados tercero y cuarto de bachillerato. Desde cuando ingresé a ese colegio, conocí a una compañera que se convirtió en mi amiga por siempre, y también juntas estudiamos en otro colegio los años restantes del bachillerato. Yo siempre me consideré su mejor amiga y tuvimos amistad durante 34 años. Ambas nos casamos y formamos nuestros propios hogares, compartimos los goces y dolores de cada una, pudimos disfrutar de la infancia y del crecimiento de los hijos de ambas, hasta cuando ella se alejó misteriosamente de mí. Cuando logré reencontrarla tenía una enfermedad terminal, y tristemente me tocó ir a despedirla al cementerio, algo que me causó un gran dolor porque era una persona a quien yo había conocido desde mi adolescencia, y con quien pude compartir momentos muy importantes que se presentan en la vida de una persona, como secretos juveniles, enamoramientos, matrimonios, nacimiento de los hijos, en fin, todo un transcurrir de eventos normales y corrientes de la gente.

Devolvámonos de nuevo otro poquito. Resulta que cuando yo estaba cursando segundo grado en el colegio Asia Ignaciana, mi mamá pudo comprar una casita en El Popular, un barrio que siempre ha tenido una reputación que no se merece. En realidad, se trata de un barrio muy pujante, aunque por épocas inseguro porque en él ha habido presencia de bandas criminales, de delincuencia, pero como nosotros no podíamos aspirar a un sector mejor, nos radicamos allí solo los últimos cuatro hermanos y mi mamá, porque ya Antonieta se había casado. Estando allí empezó Luchito a laborar, y entonces ya era él quien aportaba en

mayor medida a la manutención, aunque, repito, mi mamá siempre trabajó.

En aquel barrio conocí al hombre que se convirtió en mi esposo. Mi matrimonio tuvo algo de particular: no se dio precisamente por un intenso enamoramiento. Antes yo había conocido a otro joven que me había flechado el corazón, pero se fue a prestar el servicio militar y yo me quedé sola. A ese chico no volví a verlo nunca, pero a pesar de haber sido así, él siempre permaneció en mi corazón. Pues en aquel momento de soledad, se acercó a mí el hombre que me llevó al altar. Repito que no era amor lo que me llevaba a tomar esa decisión; debió ser, más bien, la mezcla de una gran nostalgia, influenciada por aquellos principios morales que me habían inculcado, mejor dicho, que casi me habían obligado a asumir y no me admitían sentir nada que no fuera permitido. A todo esto, le puedo sumar el enredo en el que la ponen a una las hormonas cuando se nos alborotan en la juventud, por lo que me dejé embarazar y ya no tenía otra alternativa más que casarme. Y así lo hice. Inicialmente puedo decir que fue un hogar bien formado. Tuve dos preciosas hijas, que se convirtieron en el eje primordial de mi vida. Me dediqué mucho al trabajo, para que a ellas nunca les faltara al menos lo más necesario, y como tenía la influencia de lo que siempre había dicho mi papá sobre el estudio de los hijos, y que además mi mamá había reforzado siempre con hechos, pues para mí era un mandamiento divino luchar hasta donde las fuerzas me alcanzaran para que mis hijas pudieran estudiar.

Bueno, me devuelvo un poco. Durante mi adolescencia, y ya concluyendo el bachillerato, cuando cursaba el quinto año, nos reunimos varios jóvenes del mismo grado de diferentes colegios y formamos algo que nombramos Grupo de estudiantes, y

constituimos una institución de enseñanza nocturna donde ofrecíamos los cursos de primaria para gente adulta. Nuestros discípulos eran todos de más edad que la nuestra, que éramos unos adolescentes. Allí se inscribió Billy, el mejor amigo de Luchito, y también amigo incondicional mío. Lo recuerdo mucho y lo llevo en mi corazón con una inmensa gratitud y cariño, porque él era quien nos acompañaba a Luchito y a mí a todas nuestras salidas. Lucho le preguntaba: Billy, ¿vamos a bailar? Y él respondía: sí, y vamos con Nena. Y así era para ir a cine, a piscina, a cualquier salida que se nos ocurriera; ahí estábamos Billy y yo. Mucho más tarde supe que él se había enamorado de mí, pero, según sus propias palabras, consideraba que yo pertenecía a una “categoría” muy elevada para él, y por eso jamás se atrevió a confesarme su amor. Cuando comencé mi noviazgo con quien sería mi esposo, Billy se unió con otra vecina e iniciaron una relación de convivencia, tuvieron varias hijas y nuestras vidas quedaron separadas. Años más tarde, él, que ya tenía su vida muy organizada económicamente, se cruzó casualmente conmigo, y su compañera, al enterarse de que habíamos hablado, se dejó llevar de los celos y llegó al punto de mandarlo a asesinar. Fue un dolor muy grande para mí, máxime conociendo los motivos.

De mi esposo debo decir que al comienzo se portó a la altura de mis deseos y expectativas, pero no pudo vencer el impulso por el alcohol hasta ahogarse en ese vicio, que fue llevándolo a darnos malos tratos en casa, y después de mucha insistencia mía para que recibiera una ayuda especializada en este campo, algo que él rechazó tajantemente, hizo que nos cansáramos de él, por lo que tuve qué acudir a instancias mayores en busca del divorcio.

El divorcio es un suceso muy traumático. No estoy muy segura de ser capaz de narrarlo en detalle. Te propongo que suspendamos aquí y que mañana nos encontremos nuevamente. Te prometo contártelo todo.



Matrimonio y divorcio

Al día siguiente, como habíamos quedado, Nena comenzó a contarme los sucesos iniciales. Fue necesario hacer muchas pausas, porque para ella el tema era muy complicado.

–Desde el comienzo del matrimonio, mi esposo era muy poco comprometido con las responsabilidades del hogar. Por eso, en parte, comencé a trabajar y dejé a mi niña mayor al cuidado de mi mamá. Muy pronto quedé embarazada nuevamente y tuve a mi segunda hija. La compañía de mis dos criaturas me brindaba la mayor felicidad y por ellas siempre encontré motivos para luchar. Las niñas comenzaron la edad escolar y fui yo quien siempre estuvo al tanto de los pormenores relacionados con su estudio. Igualmente, tenía a mi cargo responder por necesidades básicas como el vestuario y la diversión. En fin, el tiempo fue transcurriendo y ese esposo mío día a día se apegaba más a la bebida. Él trabajaba en una buena empresa, y cada que recibía el pago era fijo que se quedaba en la calle acompañado de sus amigos, tomando trago hasta emborracharse por completo. Muchas veces llegaba a la casa en un estado más que lamentable, por lo que no podía ir a trabajar al día siguiente, y a mí era a la que le tocaba ir a poner la cara, a presentar excusas por la ausencia del señor en su lugar de trabajo. En una de esas farras, resultó entusiasmándose con una compañera de trabajo, y desde ahí comenzó a entablar una relación amorosa con ella, lo que lo fue alejando cada día más del hogar.

Pues resulta que una vez me los encontré juntos en un bar, al que casualmente arrimé con dos amigas para usar el sanitario. Y claro, ahí estaba la parejita en sus amoríos. Como también me vieron, toda confundida salí corriendo del lugar y me siguió, pero tomé una ruta diferente. Él llegó primero a la casa y le contó a la niña mayor que la mamá lo había sorprendido con otra mujer. La niña tendría, cuando mucho, unos escasos nueve años, y por lo tanto no debía estar en condiciones de comprender lo que había ocurrido.

Nena hace una pausa en su historia, pues de seguro las vicisitudes de su matrimonio conforman el capítulo de su vida que quisiera olvidar.

—Ah, y otra vez fue que, en una de sus borracheras, lo cogió un carro, lo atropelló, y llegó al hospital más bien grave. Entonces me avisaron y me fui para urgencias a cuidarlo. Estando ya al pie de él, el médico me pidió que bregara a mantenerlo despierto, pero era bastante difícil, entonces me recomendó que le preguntara cosas cotidianas, mejor dicho, que fueran obvias para él, para ver cómo reaccionaba. Entonces le pregunté si sabía quién era yo y él respondió que sí, susurrando el nombre de la mujer con la que salía. Sí, de la otra.

En fin, transcurrieron varios años que hoy veo como una gran irresponsabilidad de mi parte por aguantarme en esa relación tan deplorable, pero te aseguro que me creía en el deber de hacerlo, como mujer de palabra, tratando de respetar el compromiso que uno adquiere ante la iglesia y ante la ley cuando decide casarse, además de la responsabilidad que implica tener a las niñas. En todo caso, para mí era un mandato sagrado esa sentencia del matrimonio hasta que la muerte los separe. En fin, a la tumba se

irá conmigo ese interrogante. Es que está muy bien que uno se eche, o que le toque, cargar una cruz, pero ¿tanto tiempo, y sin necesidad? Eso no tiene explicación, por vueltas que uno le dé.

Sigamos pues con este mismo memorial de agravios. ¿Me estoy volviendo muy cansona? Por favor me dices.

Una vez nos fuimos a mercar juntos y el señor de la tienda nos contó que estaba vendiendo el negocio, entonces nos animamos a comprárselo y llegamos a ser unos comerciantes prósperos, pero a partir de cierto momento todo empezó a ponerse mal. Ahí fue donde comenzó el declive de todo. Él se iba volviendo cada vez más irresponsable en el hogar y en el negocio. Las niñas iban creciendo, y gracias a mí no les faltaba lo necesario para el estudio y el sustento, mientras el papá se deleitaba en sus juergas, malgastando las cada vez más escasas ganancias que el negocio producía, y que yo administraba como podía. Ah, y cómo no, allí también él tuvo sus amiguitas, que contribuyeron bastante a aumentar los gastos. Los excesos con el licor fueron tantos, que ya no era posible controlar ni los gastos económicos, ni los trastornos psicológicos y morales que aquejaban a ese pobre hombre –incapaz ya hasta de reconocerse a sí mismo–, ni el abismo al que estaba arrastrándose, afectando muchísimo a su familia.

En el negocio provocaba los escándalos más horribles. Una cosa vergonzosa. Como vivía borracho, a veces, por cualquier cosa, o así sin más ni más, le daba por dedicármela, por perseguirme con un cuchillo o con un hacha de la carnicería. ¿No me crees? Suena como a película, pero fue verdad. Por fortuna, los empleados o los vecinos venían a auxiliarme a mí y a veces a las niñas. Esas escenas se iban volviendo cada vez más frecuentes, porque me

empezó a celar exageradamente, sin motivo alguno. También en el negocio llegó a ocurrir que se aparecía desesperado buscando plata, y como yo se la escondía tratando de evitar que se la llevara para irse a tomar o a dársela a las amiguitas, que no lo desamparaban, entonces se enfurecía a tal punto que, no encontrando a quién agarrar a golpes, la emprendía contra la caja registradora hasta destruirla totalmente y sacar el dinero. Una vez vuelta añicos la caja, empuñaba las monedas y las tiraba a la caneca de la basura, y hacía lo mismo con los billetes de menos valor, pero los despedazaba antes de echarlos a la basura. En una ocasión, en un descuido mío se llevó las llaves del negocio, se emborrachó y luego se fue para allá, nunca se supo en compañía de quién, y empacaron una gran cantidad de víveres, que quedaron junto a la puerta que dejaron mal cerrada. Supongo yo que iban a robar, y quién sabe por qué, o seguro gracias a la misma rasca que debían tener, no alcanzaron a hacerlo. En fin. Lo cierto es que en aquellas borracheras él llegó a cometer una infinidad de calaveradas –y por eso es que me refiero a esta historia como un memorial de agravios–, y el vicio del trago lo fue llevando a la derrota y al fracaso, con su familia, con su empresa, con su vida.

Una noche llegó a la casa ya de madrugada, completamente borracho, y como no le permití un acercamiento íntimo, salió a buscar un cuchillo a la cocina y me amenazó con él. Ni sé cómo, alcancé a llegar a la pieza de la niña mayor –todavía no había nacido la menor– para irme con ella a la casa de mamá, porque sentía terror de salir sola y dejar a la pequeña en compañía de aquel monstruo. Pero la niña se despertó preguntando qué pasaba, y él, escondiendo el cuchillo, se calmó y el problema no pasó a mayores. Yo, pensando, caí en cuenta de que él no debía

estar tan ebrio puesto que había sido capaz de disimular lo que estaba ocurriendo ante la niña.

Por problemas como estos, y muchísimos más, tuvimos que dejar el negocio. Entonces me conseguí un trabajo, pero los escándalos que tenía que aguantar no daban tregua. Una vez, cuando apenas empezaba la noche, llegó pasado de tragos. Yo había mandado a mi niña mayor a comprar algo en la tienda, y cuando él llegó me agarró del brazo derecho y me dio vuelta bruscamente, pero en ese mismo instante regresó la niña, y al encontrarse con esta situación le reclamó con palabras subidas de tono, lo que lo ofuscó horrible, y quiso pegarle a la pequeña, mientras alegaba que ella debía respetarlo por ser el papá. Yo no me podía quedar quieta y permitir que ese monstruo la fuera a agredir. Él estaba histérico, como un energúmeno, gritando, y afortunadamente eso fue lo que alertó a mis hermanos, que vivían muy cerca. Pero la puerta estaba cerrada y no podían entrar, entonces ellos me gritaban desde afuera que les abriera la puerta, pero para mí era imposible moverme de ahí y dejar a mi niña expuesta a que el papá le hiciera daño, porque, como te dije, estaba borracho. Una señora vecina que se había enterado del escándalo fue a llamar a los muchachos de las milicias populares, que llegaron a ver qué estaba pasando. Con autorización de mis hermanos forzaron la cerradura de la puerta y entraron a la casa en pleno escándalo. Mi marido, el protagonista, trató de hacer como que no estaba pasando nada e intentó calmar los ánimos de los milicianos invitándolos a tomar trago con él. Prendió el equipo de sonido y le puso todo el volumen, mientras ellos le ordenaban apagarlo. Él siguió ofreciéndoles licor hasta que, ya impacientes, le dieron tremenda golpiza, mientras el jefe les ordenaba que lo sacaran de la casa y que no se le permitiera regresar hasta que no se

entrevistara con ellos luego de la rasca, estando ya en sano juicio. Claro que cuando lo estaban golpeando no me pude quedar indiferente y bajé al primer piso para abogar por él y pedirles que no fueran a matarlo allí, delante de las niñas. Cuando les oí decir que lo iban a tirar a una zanja, les rogué que por favor lo llevaran a casa de sus hermanas. Al día siguiente, mientras me preparaba para ir al trabajo, llegó mi marido todo aporreado por la golpiza que le dieron la noche anterior, y comenzó a inculparme por lo que había ocurrido. Muerto de la ira me dijo:

–Usted es cómplice de esos manes y la voy a denunciar a las autoridades.

Y yo, tan ofendida que estaba, no pensé mucho en lo que le debía responder. Entonces le dije, con la mayor tranquilidad, que sí tenía quién me respaldara y que nunca me iban a dejar sola, porque yo sí sabía escoger mis amistades. Claro, él supo cómo aprovecharse de mis palabras y me enseñó una grabadorcita en la que supuestamente había quedado todo lo que le dije, y ya tenía pruebas para entablarme un consejo verbal de guerra por guerrillera. Te confieso que sí alcancé a sentir un poco de susto, pero estaba tan acostumbrada a enfrentarme situaciones tan duras, que solamente le dije:

–Haga lo que le parezca conveniente, que yo veré cómo me defiendo.

Con eso las cosas se calmaron un tiempo. Al menos nos libramos de su presencia más o menos por un mes, hasta cuando al señor le dio por regresar a la casa. Pero, vuelve y juega. En una ocasión estaba en una reunión con los padres de familia en el colegio donde trabajaba, y allá ocurrió otro de esos molestos encuentros, ya conocidos por todo mundo en el sector donde vivíamos. Pues

sí, que llegó al colegio a reclamarme porque no estaba en la casa, y yo, que iba acompañada de mi niña mayor, me tuve que refugiar por allá en el lugar más recóndito del colegio, junto con la niña, hasta cuando lo pudieran retirar del plantel. Yo no sé qué me pareció más horrible: si el escándalo en sí, o la vergüenza que nos hizo pasar ante los estudiantes, los padres de familia y los profesores. A raíz de este nuevo escándalo, una profesora amiga mía me llevó a hablar con un abogado que conocía. Para mí, pensar en un divorcio eran palabras mayores, en parte, porque creía no tener dinero suficiente con qué hacerlo, entonces le mencioné al abogado la posibilidad de entablar una acción de tutela, argumentando que mi esposo perturbaba nuestra tranquilidad, no nos dejaba espacio para descansar, en muchas ocasiones impedía que las niñas fueran al colegio y que también atentaba contra la buena disposición moral de toda su familia, con ese ejemplo tan bárbaro que daba.

El abogado escuchó todos mis argumentos, y me dijo que lo que necesitaba no era precisamente una tutela, sino que la situación ameritaba un divorcio. Yo me negaba porque era consciente de que me iba a costar mucha plata y que no iba a tener con qué pagar. El abogado, muy querido, me contestó con estas palabras:

—No te preocupes. Ahí te colaboramos.

Empezó entonces la demanda de divorcio, que se alargó por veinte meses. Entretanto, las condiciones en la casa no mejoraban. Un sábado por la noche, el señor llegó muy pasado de copas, y como ya yo había tomado conciencia de lo que ocurría cada fin de semana, me había ido a dormir a la casa de mi mamá con mis dos niñas. Al amanecer, me llamó por teléfono a preguntarme dónde había guardado el televisor, lo que,

obviamente, nos dejó en claro que se lo habían robado. Al rato subí con mis niñas para la casa, a ver qué era lo que había pasado, y después de mucho preguntar pudimos averiguar que el señor de la casa, mi esposo, por estar caído de la perra, se había dejado acompañar de los muchachos de alguno de los combos que había por ahí, y para entrar a la casa, que tenía una reja muy alta, él les prestó las llaves y ellos pudieron hacer uso a su antojo de todo lo que quisieron. Se llevaron entonces el televisor, algunas cuantas joyas que encontraron y también las llaves, obviamente porque planeaban regresar, y así lo hicieron al día siguiente, pero ahora el señor de la casa no estaba embriagado y los esperaba simulando dormir. El suceso no pasó a mayores gracias a la buena suerte, pero tampoco fue posible recuperar las cosas que se robaron.

Pocos días después, por cosas parecidas, fue que decidí irme del todo para donde mi mamá. Hablé con mi abogado para saber si esa decisión me traería implicaciones mayores, y él me dijo que en la demanda de divorcio se había contemplado la solicitud de vivienda separada y el juez la había aprobado, aunque él esperaba que fuera el señor el que saliera de la casa, para que no tuviéramos que desacomodarnos. Pero él no tenía ninguna intención de irse, entonces nos tocó a nosotras irnos. Eso fue una cosa muy traumática, porque él nos seguía atormentando cada día más y más, a mí y a mis niñas. Una vez, le dijo a la niña menor que pensaba mandar a matar a la mamá si ella no regresaba con él, lo que me obligó a llevar a la pequeña a donde un psicólogo y denunciarlo a él ante la Comisaría de Familia. En otra ocasión me enteré de que él estaba bregando a arreglar con un tipo de un combo, de una banda, para que se robara a mi niña menor y me exigiera un platal para devolverla. Es decir, le estaba

proponiendo que secuestrara a mi niña. Por fortuna ese muchacho era hijo de una clienta mía del negocio y no se sintió capaz de hacerlo. Por el contrario, se acercó a la mamá y le contó sobre la propuesta que le había hecho mi exmarido. Pobre mi amiga, ni sabía cómo sortear esa situación tan grave. Lo que hizo fue ponerle la queja a los de las milicias populares, que era el grupo que mandaba en esos barrios, y el mandamás de la banda dijo que él se iba a encargar de que eso no ocurriera, por lo que me pude sentir medio tranquila.

Así fueron pasando los días hasta que, por fin, el juzgado falló el proceso y afortunadamente me otorgó el divorcio. El documento decía “Cesación de efectos civiles para matrimonio católico”, y como causal indicaba “excesivo consumo de licor”. El juez omitió todas las evidencias presentadas por maltratos físicos, psicológicos y verbales. El fallo añadía que el demandado, mi exesposo, debía aportar para la manutención del hogar el cuarenta por ciento de sus ingresos, algo que era como una especie de burla, porque no había manera de comprobarle si tenía ingresos o no, puesto que no estaba empleado en ninguna empresa. Pero a mí lo que más me importaba era saber que ya no estaba obligada a sostener una relación que había sido un tormento infernal.

Pero claro que, aunque ya existiera un divorcio material y legal, para ese hombre no se acababan las esperanzas de “recuperar su familia”, como él, muy campante, lo decía. Sí, decía que nos quería recuperar, pero en realidad me imagino que lo que se proponía era tener de nuevo un lugar confortable a dónde llegar, y poder lucirse ante los demás como el jefe de un buen hogar, porque yo, a pesar de tantos inconvenientes que tuve que sortear, pude sacar adelante una bella familia, de modo que es

muy fácil adivinar que esa fuera la intención de aquel pobre hombre.

Una vez que recibí el fallo del juzgado, me puse a trabajar con más ánimos que antes, pues si bien hacía mucho tiempo que me sentía sola, ahora estaba confirmado legalmente que la soledad era absolutamente real y que toda la carga y la responsabilidad con mi familia era totalmente mía. Me sentía contenta de haber alcanzado un inmenso logro, pero también me sentía asustada al comprobar la realidad que me acompañaba. No debería ser así, puesto que ya debía estar bien acostumbrada a ser yo misma quien debía liderar y comandar la barca de mi vida, a la vez que la de mis hijas, que eran mi familia y mi responsabilidad. Me propuse, entonces, que todo sería cada vez mejor que antes y que no podía desfallecer por ningún motivo. Claro que se me presentaron todos los tropiezos que se le pueden presentar a cualquier persona en mi situación. Un ejemplo de eso era el acoso que comencé a padecer por parte de hombres jóvenes y mayores para que accediera a tener intimidad con ellos, pero, eso sí, solo momentos, nunca nada en serio. Para mí no fue fácil, pero me mantuve firme en mi propósito de no llevarles un padrastro a mis pequeñas hijas. El solo pensarlo me causaba como una especie de terror, y por eso permanecí sola, al lado de mis hijas.

Suicidio

—Habían ya transcurrido siete años desde el divorcio, cuando mi exesposo apareció un día colgado de un cable de electricidad en el patio de la casa donde vivía con su compañera o amante de turno. Para las pequeñas, la muerte del papá no dejó de ser un acontecimiento triste y doloroso, porque no puede desconocerse que el padre es quien da origen a la existencia, pero el asunto no tuvo consecuencias mayores. O eso quisiera creer yo.

Los sucesos fueron así: yo había obtenido ya un mejor empleo y todos los días me dirigía puntualmente a cumplir con mis labores. Una mañana estaba arreglándome para salir a trabajar, cuando escuché que llamaban a la reja de la casa. Al salir, vi que era mi exmarido, y no le permití seguir, además porque se le notó que estaba amanecido, todavía con la rasca encima, y me reclamaba que adelantara gestiones para recuperar el local donde había funcionado el negocio. El local lo habíamos perdido porque, cuando interpusé la demanda de divorcio, él hizo un documento ficticio de compraventa en beneficio de un cuñado suyo, esposo de una de sus hermanas, y éste había hecho uso del documento para adueñarse del local. Entonces ahora mi exesposo quería recobrarlo y sabía que la mejor opción que tenía era buscarme el lado, volver a su antigua familia, pero yo me negué enfáticamente a permitir que se nos arrimara, diciéndole con toda franqueza que ya nada me importaba lo que pudiera ocurrir con ese local.

Nena permanece en silencio, con su mirada perdida.

–Te lo confieso con un profundo dolor. Un error del que me arrepentiré hasta el día en que me muera, porque al día siguiente nos enteramos de su trágica muerte, y esa situación no dejó de tener consecuencias muy malucas para mí. En primer lugar, el estado emocional de mis niñas, que siempre han sido lo más importante para mí, y por causa de su muerte perdieron parte de la poca alegría que expresaban, debido a tanto sufrimiento que habían padecido. Desde ese momento les empecé a notar una inmensa tristeza, un gran pesar por no haber podido ayudar a su papá. Y para colmo de males, en los días siguientes al suicidio, la familia de mi exmarido comenzó a murmurar que su muerte había sido provocada por alguien, y querían hacerme aparecer como la responsable. El primer comentario fue que no había sido un suicidio, sino que alguien había colgado el cadáver, y claro, yo era la principal sospechosa, porque según algunos de sus familiares, habíamos discutido el día anterior en la mañana, y otros decían que habían visto a una mujer en la terraza de la casa la noche de su muerte.

Es que también eso es lo más común. Cuando algo así ocurre, la gente busca a quien echarle la culpa, en especial aquellos que en el fondo sienten que podrían haber hecho algo más por el difunto. Porque al parecer cuesta mucho aceptar que, simplemente, un suceso así es el resultado lógico de una vida desperdiciada por alguien que no fue capaz de otra cosa que vivir en el más completo desastre, en un caos, afectando cruelmente a otros con su egoísmo. En fin. Pero así yo supiera y sintiera que no era culpable, era una situación demasiado triste, principalmente por el estado en el que veía a mis niñas. Aunque trataba de aparentar tranquilidad, me puse muy mal, me enfermé, estuve cerca de sufrir un preinfarto. Afortunadamente

todo se fue calmando, y poco a poco fue regresando la normalidad. En realidad, para mí, una mayor tranquilidad y la esperanza de un poco de paz para mi vida, después de tanto horror.

El local definitivamente pasó a ser propiedad de William, el cuñado de mi exmarido. Yo me negué rotundamente a presentar alguna demanda, aunque muchos vecinos me insistían en que reclamáramos algo que nos pertenecía, pero yo les respondía que no necesitábamos ese “caldo de adobes”. Además, ya mis hijas estaban suficientemente grandecitas, yo quería ponerle fin de una vez por todas a ese drama y seguir con ese problema sería darle largas a la misma situación, quien sabe hasta cuándo.

De manera que nunca recibimos beneficio alguno de esa propiedad, ni tampoco alcanzamos una pensión o remuneración del Seguro Social, pues allá me respondieron que no nos devolvían el dinero que mi exmarido había aportado para su pensión, porque él no estaba respondiendo por nosotras al momento de su muerte. Esas son cosas que pasan aquí, y aunque a mí me habría servido de mucho esa ayuda para mis hijas, tampoco la esperaba con alguna certeza, de manera que seguí viviendo la vida como me tocaba.

La Universidad

–En adelante, que valga la pena mencionar, son mis estudios en la Universidad.

–¿Cómo así? Explícame. Yo sí sé que estudias una carrera en la universidad, pero no he podido entender cómo fue eso.

–Pues imagínate que fue un interés que nació en mí un poco tarde, porque ya estaba casada y tenía a mis dos hijas.

–Pero, ¿por qué tarde?, ¿no dicen pues que “nunca es tarde para estudiar”? Eso lo oímos casi a diario por boca de todo mundo.

–Sí, claro, pero no estoy tan segura de que eso sea cierto, porque cuando una persona de mi edad llega a la universidad, y se encuentra con compañeros que tienen la misma edad de las hijas de uno, la historia no es la misma. Yo creo que el refrán se refiere a que uno puede comenzar a estudiar una carrera universitaria como a los 25 años, pero de ahí en adelante sí es ser muy conchudos. De todas maneras, te voy a contar cómo fue el transcurrir de mi vida universitaria.

Me presenté por primera vez a la universidad por allá en el año 1990. Puedo decir que fue mi mayor logro. Me sentí tan feliz cuando vi el número de mi credencial en el periódico, que puedo decir que boté quién sabe cuántos años. Parecía una niña pequeña cuando le entregan un juguete que anhela mucho. Es que pasar a la de Antioquia es toda una hazaña. Se presenta el gentío más horrible y aceptan un poquitico apenas.

Bueno, en aquella época me presenté a Economía, pero te juro que es una carrera muy difícil, requiere muchos esfuerzos. Sin embargo, yo me sentía contenta y allí estuve tres semestres, pero tocó retirarme porque nos resultó el negocio, y eso demandaba muchísimo tiempo. Ya te había contado que toda la responsabilidad recaía en mí, de manera que me retiré, y cuando ya estuve divorciada, pedí reingreso y recomencé todo. Ya para ese tiempo yo debía tener como 34 o 35 años. Estuve en esa facultad como cinco semestres, y cuando iniciaba el sexto tuve que retirarme ahora sí definitivamente, porque había cambiado de empleo y en el nuevo no me daban permiso para asistir a mis clases. Después me presenté como aspirante nueva a un programa diferente, esta vez a educación, y acá estoy, con muchos tropiezos, pero estoy casi terminando.

Esa es mi historia universitaria. Ahora mantengo muchos inconvenientes en la carrera, pero ya debe ser por motivos de mi edad. Claro que los voy pasando y lo que más deseo es concluir este ciclo, y aunque no alcance a ubicarme laboralmente, me sentiré muy aliviada sabiendo que he alcanzado un logro tan grande, como graduarme en la Universidad de Antioquia.

Hoy atravieso por una gran dualidad, porque siento que he sacrificado muchas oportunidades de empleo para quedarme con la vida académica, entonces he comenzado a pensar que de no haberlas rechazado y de haber decidido quedarme con alguno de esos empleos, seguramente estaría en mejor situación económica, pero también es cierto que podría estar reprochándome el no haberme dedicado a estudiar y me habría negado el placer de ir a la universidad ¿Cuál debió ser el mejor camino? Eso sí es muy difícil saberlo.

Bien, ya es más que suficiente. Te he contado una buena parte de mi historia y creo que puedes sacar alguna conclusión acerca del motivo de mis dolores de cabeza, que tanto me atormentan todavía, después de tantos análisis médicos que me han hecho, sin tener un diagnóstico médico preciso. Yo, desde mi humilde ignorancia, digo que con tantos tropiezos en mi vida algo oscuro debe haber quedado en mi interior. Pero no creas. Malagradecida sería si no reconozco que ahora vivo muy tranquila en compañía de mamá y de mis dos preciosas hijas. Y aún con mis años y dolencias tengo mil cosas pendientes por hacer, y no he podido, al día de hoy, planificar cuál debo hacer primero, o en qué orden llevaré a cabo las que pueda hacer. Me consuelo pensando que eso le pasa a casi todo mundo y no me siento en la capacidad de auto psicoanalizarme para sacar una conclusión acertada.

Puedo describir la soledad y el abandono como un inmenso bosque. Pero es un bosque que va perdiendo todos sus árboles y la vegetación que lo poblaban, marchito, y de él solamente va quedando el espacio. Pero claro, un espacio vacío y en el que cualquier ser que quiera acercarse, no encontrará ni siquiera el encarecimiento del aire que lo llena. Entonces, mi infante vida trataba de encontrar un espacio adecuado para seguir en un lugar que desconocía absolutamente, porque, el que consideraba suyo, ya lo había perdido, y tal vez no encontraría otro.

